

BIBLIOTECA DIGITAL – PROYECTO ARELPH
LAS ARTES DEL ELOGIO:
POESÍA, RETÓRICA E HISTORIA EN LOS PANEGÍRICOS HISPANOS



GABRIEL DE CORRAL
Panegírico a Taddeo Barberini
(1631)

Edición de Jesús Ponce Cárdenas

PANEGIRICOS.COM
2017

ÍNDICE

3

APES URBANAE: INTRODUCCIÓN A UN PANEGÍRICO ROMANO

35

PANEGÍRICO A TADDEO BARBERINI

39

APÉNDICE: LOS SONETOS DE GABRIEL DE CORRAL EN ELOGIO DE LA CASA BARBERINI

APES URBANAE: INTRODUCCIÓN A UN PANEGÍRICO ROMANO

La obra de Gabriel del Corral (Valladolid, 1588-Toro, 1646) abarca una rica variedad de géneros y formas, que van desde la novela cortesana hasta la poesía jocosa de academia, pasando por la escritura encomiástica, el teatro palaciego o las relaciones de sucesos. Pese al manifiesto interés que presentan los textos de este poeta barroco, la crítica no se ha detenido en trazar debidamente su perfil biográfico y literario. Con la intención de paliar esa llamativa laguna en los estudios áureos, abordamos el estudio y edición del panegírico en octavas reales que el autor castellano compuso y editó en Roma en 1631. La dilucidación de dicho texto laudatorio hace necesaria una indagación previa en torno a varios elementos significativos en la trayectoria vital y literaria de un ingenio aún mal conocido¹. Por ese motivo, el estudio preliminar se articulará en cuatro partes netamente diferenciadas. En primer lugar se abordará el examen de diversas claves biográficas, a la luz de nuevos datos documentales. Seguidamente se estudiará la valoración que se hace de este autor en dos famosos compendios eruditos entre 1630 y 1633, coincidiendo con su estancia en Roma. El tercer apartado del estudio servirá para

* Este trabajo se inscribe en el marco del Proyecto financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad FFI2015-63554-P “Las Artes del Elogio: Poesía, Retórica e Historia en los Panegíricos hispanos” (ARELPH), dentro del Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia. La presente edición sigue el texto de la *editio princeps* y tiene asimismo en cuenta el testimonio de la edición moderna cuidada por John V. Falconieri. Esta edición se ajusta al criterio más extendido hoy en la transcripción de textos áureos, ya que en ella se actualizan y regularizan las grafías y también se moderniza la puntuación. Quisiera dejar aquí constancia de mi agradecimiento a los profesores Mercedes Blanco, Pedro Conde Parrado, Fabien Montcher y Ángel Rivas Albaladejo por la atenta lectura del original de este trabajo y por las preciosas sugerencias e indicaciones bibliográficas que han tenido a bien brindarme.

¹ Como presentación del poeta, novelista y dramaturgo, puede verse la entrada que redactara Cristina Castillo Martínez: “Gabriel del Corral”, en AA. VV., *Diccionario filológico de literatura española. Siglo XVII*, Madrid, Castalia, 2010, pp. 379-383. Debe consultarse asimismo el esbozo biográfico de John V. Falconieri, publicado en el volumen de *Obras de Gabriel del Corral*, Valladolid, Diputación de Valladolid, 1980, pp. 25-53. Desde este momento en las referencias a la edición cuidada por el profesor Falconieri se indicará únicamente la forma abreviada: *Obras*.

iluminar el entorno histórico y cultural que rodea a la figura de Taddeo Barberini, prócer al que dedica Corral su panegírico. Finalmente, se ofrece el comentario del poema a la luz de las estructuras y tópicos de este género de elogio.

1. Claves biográficas de un ingenio cortesano

Gabriel [García] del Corral fue hijo de don García del Corral e Isabel de Villalpando y recibió el bautismo en la parroquia vallisoletana de Nuestra Señora de la Antigua el 31 de marzo de 1588, lo que permite sospechar que nació pocos días antes, el 24 de marzo, festividad de San Gabriel². A tenor de los datos que figuran en sendas ejecutorias custodiadas en la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid, datadas respectivamente en mayo de 1622 y el doce de noviembre de ese mismo año, del matrimonio Corral-Villalpando nacieron otros cuatro vástagos: Agustín, Dionisia, Casilda y Ana³.

Desde el año 1616, el nombre del autor figura en varias obras impresas, con el título de Licenciado. En esas primeras apariciones en letra de molde firma todavía sus composiciones como “Gabriel García de Corral”, aunque poco después ya se decantará por la forma onomástica abreviada. Al parecer su formación como jurisperito habría tenido lugar en la Universidad de Valladolid, donde obtuvo el grado en ambos derechos⁴.

Gracias a la gentileza del profesor Ángel Rivas Albaladejo, podemos aportar una nueva referencia documental que da una precisa noticia de la estadía romana del poeta y los cargos allí desempeñados. En un documento del Archivo Storico Capitolino, sito en la Iglesia Nueva

² El niño fue bautizado el 31 de marzo de 1588 en la parroquia de Nuestra Señora de la Antigua (Libro I de Bautizados, folio 531). Como padrino de bautismo, figura nuevamente en el mismo libro de registros en el año 1617, folios 153 y 198 vuelto (*Libro de Bautizados de la parroquia de Nuestra Señora de la Antigua*). Este dato aparece recogido por Luis de Corral en *Don Diego de Corral y Arellano y los Corrales de Valladolid. Apuntes históricos*, Madrid, Viuda e Hijos de M. Tello, 1905, p. 32, n. 2.

³ Registro de Ejecutorias, Caja 2336, 8. El *Portal de Archivos Españoles en Red* identifica del modo siguiente el documento: “[Ejecutoria del pleito litigado por Ignacio de Fresno, procurador del número de la Audiencia y Chancillería de Valladolid, por sí y como marido y conjunta persona de Dionisia de Corral, su mujer, y como curador y administrador de los bienes y hacienda de Isabel de Villalpando, viuda de García de Corral, Gabriel de Corral y Agustín de Corral con Francisco de Cárdenas, procurador del número de la Audiencia y Chancillería de Valladolid, por sí y como marido y conjunta persona de Casilda de Corral, sobre pedir Ignacio de Fresno que no tengan ningún valor ni efecto ciertas escrituras de testamento, codicilo, donaciones causa mortis, donaciones inter vivos y otras, otorgadas por Isabel de Villalpando, su suegra, en favor de los demandados, por estar incapacitada para administrar sus bienes y hacienda al haber perdido el juicio a la muerte de su marido, García de Corral](#)”. Registro de Ejecutorias, Caja 2430, 15. “Ejecutoria del pleito litigado por Juan Fernández de Arce, curador de Ana García del Corral, hija de García del Corral y de Isabel de Villalpando, vecino de Valladolid, con Agustín del Corral y demás consortes, de la misma vecindad”.

⁴ Sería interesante poseer alguna noticia sobre los posibles vínculos del autor con otras figuras bien conocidas en ese entorno académico, concretamente si estaba emparentado con el doctor Luis de Corral, catedrático de Cánones de la Universidad de Valladolid y oidor de la Real Chancillería, figura destacada en los ambientes jurídicos pincianos del siglo XVI.

de los Filipenses, se identifica a Corral como: "presbítero natural del arzobispado de Burgos, limosnero del excelentísimo señor Conde de Monterrey, embaxador del Rey nuestro señor en esta Corte, medio Racionero en la ygta de Olmillos". Como me hace notar el citado historiador, la abreviatura "ygta" quizá deba interpretarse como iglesia colegial y podría referirse a la colegiata de Sasamón en Burgos, de la que seguramente debía de depender la iglesia de la villa de Olmillos de Sasamón.

Los buenos oficios diplomáticos desempeñados al servicio del conde del Monterrey en la corte pontificia debieron de dar pronto sus frutos, ya que el clérigo presbítero obtuvo por aquel entonces el sustancioso nombramiento de abad de la Colegiata de Toro, tras haber quedado vacante dicho puesto por la defunción de su anterior titular, don Antonio de Castro. La última referencia documental que se conserva del escritor permite situar sus últimos años en la localidad zamorana. Gracias a la misma sabemos que el óbito del poeta áulico se produjo en otoño de 1646: "Don Gabriel del Corral, abad que fue de esta Santa Iglesia [de Toro], se enterró en ella en veinte y siete de noviembre dicho año de 1646; hizo testamento ante Alonso Rodríguez Dávila, escribano de esta ciudad de Toro; testamentarios, don Juan Bravo, ídem Antonio de la Sierra, abad que al presente es" (Libro Iº de Difuntos de Santa María la Mayor de Toro, que da principio al año 1617, folio 77)⁵.

Junto a la escueta noticia aportada por los documentos legales, contamos con diferentes paratextos y obras de Gabriel del Corral que permiten, parcialmente, reconstruir sus andanzas. A la luz de los mismos, cabría distinguir en su trayectoria vital y literaria cinco ciclos principales, vinculados con un entorno específico: 1614-1619 Valladolid; 1622-1628 Madrid; 1629-1632 Roma; h. 1632-h. 1644 Nápoles; h. 1644-1646 Toro.

La fase inicial de la producción de Gabriel del Corral puede ubicarse en su ciudad de origen, durante el sexenio 1614-1619. Como suele ser habitual en la España de Felipe III, las primeras poesías que dio a las prensas se enmarcan en distintos festejos públicos de carácter religioso, celebrados tanto en Valladolid como en otras ciudades de Castilla. La primera huella

⁵ El asiento de la defunción del poeta se conserva en el Archivo Histórico Diocesano de Zamora, sección Archivos Parroquiales, Colegiata de Toro, 227.2/libro 10, fol. 77 r. (2ª parte). Quisiera dejar aquí constancia de mi gratitud para con don José Ángel Rivera de las Heras y don José Carlos de Lera Maíllo, responsables del citado archivo eclesiástico. Mi agradecimiento se hace asimismo extensivo a don Patricio de Navascués Benlloch y a don Francisco Juan Martínez Rojas por la ayuda que me han brindado para acceder a esta fuente documental. Es obligado recordar que dicha información ya la había recogido parcialmente Narciso Alonso-Cortés en su imprescindible *Miscelánea Vallisoletana*, Valladolid, Miñón, 1955, tomo II, p. 346, n. 23 (ed. facsímil: Valladolid, Caja España-Grupo Pinciano, 1994). Una escueta semblanza del ingenio pinciano aparece en el apartado "Gabriel de Corral", como parte del estudio sobre "Los poetas vallisoletanos celebrados por Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*", pp. 303-351 (en especial, pp. 312-324).

impresa del autor se localiza en una obra cuidada por Manuel de los Ríos Hevia Cerón, las *Fiestas que hizo la insigne ciudad de Valladolid con Poesías y Sermones en la Beatificación de la Santa Madre Teresa de Jesús* (Valladolid, Francisco Abarca de Angulo, 1615). Se trata de un pequeño tomo en el que figuran numerosas composiciones latinas y vernáculas de nuestro autor, que aún firma como Gabriel García de Corral⁶.

La segunda aparición del ingenio pinciano en la palestra poética tuvo lugar durante las suntuosas fiestas organizadas en Toledo por el cardenal don Bernardo de Sandoval y Rojas, con ocasión de la traslación de la imagen de nuestra señora del Sagrario a la nueva capilla que el prelado había mandado labrar. Las solemnidades tuvieron lugar el 21 de octubre de 1616 y los festejos se prolongaron durante ocho días, con numerosas máscaras, funciones religiosas, luminarias, danzas, fuegos artificiales y, por supuesto, un reñido certamen poético. En el mismo participaron los escritores de mayor renombre en la corte, junto a autores menos conocidos: Luis de Góngora, Vicente Espinel, José de Valdivielso, Cristóbal de Mesa, Luis Tribaldos de Toledo, Cristóbal Suárez de Figueroa, Cristobalina Fernández de Alarcón, Juan de Jáuregui... El cartel de la justa se debe a fray Hortensio Félix Paravicino y en él se diferenciaban hasta diez “temas” o modalidades, tanto en lengua vernácula (octavas, canción real, romance, glosa, soneto, tercetos, jeroglífico) como en latín (epigrama latino, versos heroicos, ode). Una selección de las poesías presentadas a concurso se dio a las prensas, cuidada por Pedro de Herrera: *Descripción de la Capilla de Nuestra Señora del Sagrario* (Madrid, Luis Sánchez, 1617). En dicho volumen figuraban dos poemas amplios en castellano y tres composiciones neolatinas (un epigrama, una oda y treinta versos heroicos) de Gabriel del Corral⁷.

Como era práctica habitual en el Siglo de Oro, los fuertes vínculos con los círculos letrados de su ciudad natal seguramente facilitaron que compusiera asimismo breves textos encomiásticos para los preliminares de obras como la *Amazona cristiana* (Valladolid, Francisco Fernández de Córdoba, 1619) de Bartolomé Segura, autor al que ensalzaría en un epigrama latino y dos décimas⁸.

A comienzos de la década de 1620 Corral ya estaba instalado en la corte, puesto que participó de manera muy activa en las lúdicas sesiones de la Academia de Francisco de

⁶ *Obras*, pp. 63-82.

⁷ *Obras*, pp. 83-91.

⁸ *Obras*, pp. 29-30.

Mendoza, secretario del conde de Monterrey⁹. La cronología de esta tertulia comprende, principalmente, el arco temporal 1623-1626 y en ella intervinieron autores tan conocidos como José Pellicer de Salas y Tovar, Anastasio Pantaleón de Ribera, Gabriel Bocángel, Alonso de Castillo Solórzano, Nicolás de Prada, Jacinto de Herrera, Pedro de Prada, Pedro Méndez de Loyola, Sebastián Francisco de Medrano, Gabriel de Roa, Jacinto de Herrera y José de Camerino. Estos años madrileños de Gabriel del Corral fueron sumamente fructíferos, ya que le permitieron entrar en contacto con los jóvenes literatos más conspicuos del *aula regia* y labrarse cierta fama como docto autor neolatino, traductor, novelista y poeta de festivo ingenio. Así en las composiciones preliminares del *Orfeo en lengua castellana*, publicado por Pérez de Montalbán (Madrid, viuda de Alonso Martín, 1624) encontramos unos dísticos neolatinos de Corral. Un año más tarde, entre los poemas de alabanza que abren la colección de novelas *Tardes entretenidas* (Madrid, viuda de Alonso Martín, 1625) de Alonso Castillo Solórzano, se localiza una décima de Corral. El renombre del ingenio vallisoletano cobraría mayor solidez durante esta etapa tras haber dado a las prensas su traducción de la *Prodigiosa historia de los dos amantes Argenis y Poliarco, en prosa y verso* (Madrid, Juan González, a costa de Alonso Pérez, 1626), la otrora celeberrima novela de John Barclay. La etapa en la corte de Madrid tocaría a su fin con la publicación de *La Cintia de Aranjuez. Prosas y versos* (Madrid, Imprenta del Reino, 1629).

Al incorporarse a la comitiva del conde de Monterrey en calidad de capellán y limosnero, Corral tuvo que desplazarse en primer lugar al reino de Aragón, primera etapa en el viaje de su patrón hacia Roma. Como indica Ángel Rivas Albaladejo, “a la altura del 15 agosto de 1628 Monterrey y su comitiva, en la que sin duda iba el autor vallisoletano, estaban de paso camino de Roma (partieron el 28 julio de Madrid). Está documentado que el 15 de agosto Monterrey estaba de paso en Zaragoza con absoluta certeza, pues allí firmó un documento ante un notario. Desde la capital aragonesa se desplazaron a Barcelona y allí embarcaron en las galeras de Génova para, tras un tiempo en la capital ligur, pasar a la ciudad

⁹ Las actividades principales de la llamada “Academia de Madrid” se desarrollaron en un arco temporal comprendido entre la primavera de 1623 y el mes de mayo de 1626. Junto a los escritores nombrados, sabemos que frecuentaron este cenáculo algunos encumbrados magnates de la corte y otras figuras nobles: el marqués de Velada, los duques de Uceda e Híjar, don Pedro de Ávila, don Cristóbal de Gaviria, don Juan de Eraso y don Melchor del Alcázar. Remito a Jesús Ponce Cárdenas, *Estudio y edición de las fábulas mitológicas burlescas, sonetos y madrigales de Anastasio Pantaleón de Ribera*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2002, pp. 30-66.

pontificia”. Ello explica que el prólogo de la *Cintia* aparezca firmado en Zaragoza el 15 de agosto de 1628.

A inicios de 1629 don Manuel de Zúñiga Acevedo y Fonseca (Villalpando, Zamora, 1588-Madrid, 1653), VI conde de Monterrey, se consolidaba, sin duda, como una de las figuras más relevantes de la política española en la Europa meridional durante la década de 1630¹⁰.

El 14 de enero de 1629 Monterrey llegaba finalmente a la ciudad eterna, al mando de una impresionante familia constituida por unos ciento cincuenta criados de distinto rango, entre los cuales figuraba el jurista y escritor vallisoletano¹¹. El Embajador Extraordinario del

¹⁰ La exitosa carrera del noble castellano en la diplomacia internacional fue diseñada por su poderoso tío, don Baltasar de Zúñiga, y respaldada posteriormente por su primo y cuñado, don Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares. En 1603 el conde de Monterrey acompañó al condestable de Castilla a Londres, para asistir a las tratativas de paz entre España e Inglaterra. Fue nombrado caballero de Santiago en 1606. En una doble alianza dinástica, don Manuel de Zúñiga desposó a la hermana del conde duque, doña Leonor de Guzmán, mientras que el futuro valido de Felipe IV contrajo matrimonio con la hermana de Monterrey. En 1621 el prócer castellano fue nombrado embajador extraordinario en Roma: partió de la corte ese año y llegó a la ciudad eterna en marzo de 1622. Su importante cometido era realizar la embajada de obediencia de Felipe IV a Urbano VIII. En el verano de ese mismo año hizo una visita privada al reino de Nápoles. Como ha subrayado oportunamente Ángel Rivas Albaladejo, “su carrera política se consolidó con esta embajada y, sobre todo, con su nombramiento como presidente del Consejo de Italia en octubre de 1622, poco después de la muerte del anterior presidente del Consejo, su tío don Baltasar de Zúñiga”. El *cursum honorum* del noble personaje se afianzó aún más, si cabe, en 1624 con el nombramiento de miembro del Consejo de Estado. Uno de sus primeros cometidos fue representar al rey ante las Cortes de Aragón, celebradas en Calatayud, en 1626. En agosto de aquel año se produjo el encuentro con el cardenal Francesco Barberini, destinado en Madrid como legado pontificio. Ya en 1628 se hizo público el nombramiento de Monterrey como embajador extraordinario ante la Santa Sede. A comienzos de 1629, el prócer llegaba a Roma, donde al poco tiempo se le confirmó como embajador ordinario. En mayo de 1629 se instaló con un servicio de doscientos criados en el palacio Monaldeschi, en la plaza de Trinità dei Monti, donde fijó su residencia durante los dos años siguientes (1629-1631). Mediante una bula concedida en 1630, el papa Urbano VIII aseguró importantes rentas eclesiásticas al embajador para la fundación del convento de las Agustinas Descalzas de Salamanca. La mediación del conde de Monterrey debió de resultar capital para que Velázquez pudiera instalarse en la Villa Medici en 1631 durante su primera estancia romana. Una carta de doña Leonor de Guzmán a su hermano el valido recoge la noticia del retrato que el artista sevillano hizo de tan poderosa dama. Durante la primavera de 1631 Monterrey viajó de Roma a Nápoles para desempeñar las funciones de virrey *ad interim*, en sustitución del duque de Alcalá (14 de mayo de 1631). Pocos meses más tarde resulta confirmado en el cargo, que mantendría hasta finales de 1637, cuando le sustituía el duque de Medina de las Torres, don Ramiro de Guzmán, esposo de Ana Carafa. En el verano de 1638 se produjo el regreso a la corte madrileña, adonde llegó cargado de numerosos y bienes e importantes regalos. Tras la caída de Olivares (1643), el conde de Monterrey logró mantenerse en los cargos de miembro del Consejo de Estado y Presidente del Consejo de Italia. El noble consejero, diplomático y mecenas falleció en 1653. Para trazar este breve perfil biográfico, me he servido de la bibliografía recogida en la nota siguiente.

¹¹ Sobre la figura del prócer, son de obligada consulta las aportaciones que ha dado a conocer Ángel Rivas Albaladejo desde el año 2009: “La mayor grandeza humillada y la humildad más engrandecida: el VI conde de Monterrey y la embajada de obediencia de Felipe IV a Gregorio XV”, en José Martínez Millán y Manuel Rivero Rodríguez (eds.), *Centros de poder italianos en la Monarquía Hispánica (siglos XV-XVIII)*, Madrid, Polifemo, 2010, vol. I, pp. 703-749; “La embajada extraordinaria del VI conde de Monterrey en Roma (1628-1631). Instrumentos de delegación del poder real y líneas generales de su actuación política” en Daniel Aznar, Guillaume Hanotin y Niels F. May (coords.), *À la place du roi. Vice-rois, gouverneurs et ambassadeurs dans les monarchies française et espagnole (XVI^e – XVII^e siècles)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2014, pp. 87-110; “Viaje, Casa, Secretaría, celebraciones y algunos aspectos culturales de la embajada del VI conde de Monterrey en Roma (1628-1631)” en Alessandra Anselmi (coord.), *I rapporti tra Roma e Madrid nei secoli XVI e XVII: arte, diplomazia e politica*, Roma, Gangemi, 2014, pp. 310-339; “Leonor María de Guzmán (1590-1654), VI condesa de Monterrey, de

rey católico y su esposa fijaron su residencia poco después en el Palazzo Monaldeschi. Desde entonces, en calidad de autor curial, Gabriel de Corral va a acometer una frenética producción literaria relacionada con la *musa efímera*. Se trata de un conjunto nutrido de textos encomiásticos vinculados a la actividad diplomática en la embajada o al elogio del linaje de su mecenas: *Epístola que refiere las Fiestas que al dichoso nacimiento del príncipe de España hizo el excelentísimo conde de Monterrey y de Fuentes, embajador extraordinario* (Roma, Luis Grignano, 1629); *Epitalamio en las felices bodas de don Fernando de Guzmán y Acebedo y de doña Isabel de Zúñiga, marqueses de Monterroso* (Roma, Luys Griñani, 1630); *Panegírico al excelentísimo señor don Taddeo Barberino, príncipe de Palestrina, en el nombramiento de Prefecto de Roma* (Roma, Luis Griñani, 1631); los *Versos del Eminentísimo e Ilustrísimo cardenal Maffeo Barberino, hoy nuestro señor santísimo Urbano Papa VIII, dedicados al excelentísimo y reverendísimo señor cardenal Guido Bentivoglio* (manuscrito datado por el poeta en Roma, el 12 de mayo de 1632, en el que se incluyen varias composiciones de elogio al pontífice y a varios miembros de su familia)¹².

Pese a que en ninguno de los anteriores estudios sobre la trayectoria de Corral se ha tenido en cuenta este dato, conviene ahora llamar la atención sobre la prolongación de su estancia en Italia, a zaga de sus poderosos protectores. Como es bien sabido, tras culminar sus funciones en la embajada romana, durante la primavera de 1631 el conde de Monterrey se desplazó a Nápoles con todo su séquito para desempeñar las funciones de virrey y se mantuvo en el cargo hasta 1637. En una fecha indeterminada, entre 1631 y 1632, Gabriel del Corral siguió al prócer hasta la ciudad partenopea, donde habría de fijar su residencia durante los años sucesivos¹³. Este hecho explica la composición en la capital del virreinato de varias obras

Embaxatriz en Roma a Virreina de Nápoles”, en Diana Carrió-Invernizzi (ed.), *Embajadores culturales. Transferencias y lealtades de la diplomacia española de la Edad Moderna*, Madrid, U.N.E.D., 2016, pp. 289-320. Sobre la mansión madrileña del prócer y su colección de arte, puede verse asimismo la reciente monografía de Jesús Ponce Cárdenas y Ángel Rivas Albaladejo, *El jardín del conde de Monterrey: Arte, Naturaleza y Panegírico*, Salamanca, Delirio, 2018.

¹² Los textos se localizan, respectivamente, en *Obras*, pp. 101-112 (epístola), 92-96 (epitalamio), 97-100 (panegírico), 228-411 (traducción de los *Poemata* de Urbano VIII; versión parcial precedente, datada en torno a 1626, en pp. 184-227).

¹³ Para reconstruir los ambientes letrados en los que se movería Corral desde entonces, puede consultarse el enriquecedor panorama trazado por Marco Santoro: “Editoria e Spagna a Napoli nel Seicento”, en Encarnación Sánchez García (ed.), *Lingua spagnola e cultura ispanica a Napoli fra Rinascimento e Barocco. Testimonianze a stampa*, Napoli, Tullio Pironti Editore, 2013, pp. 103-117. Igualmente valiosas resultan las páginas de Encarnación Sánchez García, “Imprenta castellana en Nápoles (siglo XVII)”, *Imprenta y cultura en la Nápoles virreinal: los signos de la presencia española*, Firenze, Alinea, 2007, pp. 63-76.

de distinto calado: la égloga *Parténope* (sobre la celeberrima erupción del Vesubio¹⁴) que acompaña al ciclo de poemas laudatorios a Urbano VIII y los cardenales Barberini (hacia comienzos de 1632); la *Relación de las victorias que las armas de su majestad católica han tenido, desde mayo hasta junio de este año de 1638 en Alemania, en Milán y otras partes* (Nápoles, Roberto Molo, 1638); el *Cielo cifrado que la excelentísima señora princesa de Astillano ilustró, celebrando los años de su alteza la serenísima infanta de Castilla* (Nápoles, Roberto Molo, 1639). El prestigio del que debía de gozar Gabriel del Corral entre los círculos letrados de la corte virreinal podría explicar asimismo su presencia reiterada en algunos preliminares de obras impresas en Nápoles por aquellas fechas. En efecto, el abad de Toro contribuyó con una décima al volumen de *La Oronta* (Nápoles, Egidio Longo, 1640), del poeta mallorquín Antonio Gual. Ese mismo año también había de publicar un madrigal elogioso entre los paratextos de la obra de Nicolás Doizi de Velasco, *Nuevo modo de cifra para tañer la guitarra* (Nápoles, Egidio Longo, 1640).

La noticia que brindan los paratextos de algunas obras no dejan lugar a duda. Tras la llegada de don Ramiro Núñez de Guzmán como nuevo virrey a Nápoles, Corral debió de conservar sus funciones en la corte partenopea, puesto que en la *Relación de las Victorias* impresa en 1638 se declara “Capellán del Excelentísimo señor duque de Medina de las Torres y abad de la Colegial de la ciudad de Toro”¹⁵. De manera aún más significativa, la dedicatoria del *Cielo cifrado* a doña Anna Carafa, princesa de Stigliano y virreina consorte, da cumplido aviso de la prolongada estancia del poeta en la ciudad partenopea, ya que aparece firmada en “Nápoles y Palacio, 7 de marzo de 1639” con el cargo de “capellán de sus excelencias”. Desconocemos cuándo se produjo el regreso del poeta a España, aunque quizá no sea en exceso aventurado suponer que el retorno tuvo lugar en torno a 1644, tras producirse el cambio de virrey en la corte napolitana.

La última obra conocida del ingenio pinciano es una extensa tirada de dísticos que conforman la *Epístola de don Gabriel de Corral, abad de la iglesia colegial de Toro, a don Luis*

¹⁴ Sobre el impacto literario de la catástrofe natural, es obligado remitir al estudio de Laura Rodríguez Fernández, “La erupción del Vesubio de 1631 en la imprenta napolitana en lengua castellana: *Los incendios de la montaña de Soma* (Nápoles, Egidio Longo, 1632)”, en Encarnación Sánchez García (ed.), *Lingua spagnola e cultura ispanica a Napoli fra Rinascimento e Barocco. Testimonianze a stampa*, Napoli, Tullio Pironti Editore, 2013, pp. 223-239. De la misma estudiosa, ha de consultarse: *El Vesubio en llamas. Un texto napolitano en español sobre la erupción de 1631*, Napoli, Tullio Pironti Editore, 2014.

¹⁵ *Obras*, p. 113. En torno al contexto cultural del virreinato bajo el mando del duque de Medina de las Torres, aporta valiosa información la tesis doctoral de Filomena Viceconte, *Il duca de Medina de las Torres (1600-1668) tra Napoli e Madrid: mecenatismo artistico e decadenza della monarchia*, Napoli-Barcelona, Università Federico II-Universitat de Barcelona, 2012.

de Ulloa y Pereira, estando don Luis en Madrid. El famoso poeta zamorano, autor de *La Raquel*, enviaría al poco tiempo su respuesta a Toro, en juguetones versos de arte menor¹⁶. Toda vez que en la primera misiva poética Corral arremete contra la *Nenia. Poema acróstico a la clarísima reina de España Isabel de Borbón*, una conocida composición funeral de Manuel de Faria y Sousa impresa a finales de 1644, parece indudable que la carta en pareados endecasílabos debe datarse hacia finales de aquel mismo año o, todo lo más, a comienzos de 1645. La fecha *ad quem* de la epístola la proporciona el propio Ulloa, que recoge la siguiente información como nota aclaratoria al publicar sus poemas: “Muere Gabriel de Corral en Toro el 21 de noviembre de 1646”¹⁷. Tales datos invitan a pensar que el autor de la *Cintia de Aranjuez* había regresado de Nápoles quizá en torno a 1643 o 1644, coincidiendo con el final del virreinato del duque de Medina de las Torres. El contraste entre el esplendor y el fasto de las grandes urbes italianas en las que había residido Corral y la austera villa castellana donde habría de culminar sus días aparece significativamente esbozado en la carta de Ulloa y Pereira. Jugando alusivamente con la celeberrima tortura de la fiera de metal ideada por Fálaris de Agrigento y el topónimo zamorano (toro / Toro), Ulloa menciona en sus octosílabos la “reclusión” del abad en la colegiata zamorana y la opone a los dorados años que transcurrió entre Roma y Nápoles: “Y que sin haber obrado / en la invención insolente / de aquel toro de metal, / os encerrasen en ese [otro Toro], / después de haber en España / con resplandores lucientes / redimido de las sombras / las perfecciones de *Argenis*; / después de haber en Italia / fatigado los pinceles / en copiaros, por famoso, / los Papas y los Virreyes”¹⁸.

2. Un poeta entre las dos Hesperias: del *Laurel de Apolo* a las *Apes Urbanae*

Superados los años de incipiente carrera literaria en Madrid, que coinciden justo con el comienzo del reinado de Felipe IV, el desplazamiento de Gabriel del Corral a Italia y su conocimiento directo de los entresijos de la corte pontificia van a signar de manera indeleble su producción¹⁹. Como acaba de apuntarse, la estadía italiana de Gabriel del Corral

¹⁶ *Obras*, pp. 47-53. Los dos poemas fueron recogidos en las *Obras de don Luis de Ulloa Pereira. Prosas y versos*, Madrid, por Francisco Sanz en la Imprenta del Reino, 1674, pp. 155-162.

¹⁷ En líneas generales, se podría sostener que la información aportada por Luis de Ulloa y Pereira en este punto resulta bastante precisa, ya que no son muchos los días de diferencia que plantea su datación del óbito con respecto a la fecha de la inhumación que se custodia en el *Libro de difuntos de Santa María la Mayor de Toro*: 21 de noviembre de 1646 / 27 de noviembre de 1646.

¹⁸ *Obras*, p. 52.

¹⁹ José Simón Díaz localiza todavía en 1632 en Roma a Gabriel del Corral como “criado” del conde de Monterrey: *Censo de escritores al servicio de los Austrias y otros estudios bibliográficos*, Madrid, CSIC, 1983, p. 30.

inicialmente se vincula a la protección del poderoso cuñado de Olivares, el prócer don Manuel de Zúñiga Acevedo y Fonseca. El interés del magnate por las letras y las bellas artes se puede reconocer en las diversas labores de mecenazgo que ejerció durante décadas²⁰. Junto a Gabriel del Corral, al servicio del conde de Monterrey figuraron varios poetas de cierto renombre, como un conocido discípulo de Bartolomé Leonardo de Argensola, el canónigo aragonés Martín Miguel Navarro (Tarazona, 6 de octubre de 1600-Tarazona, 26 de julio de 1644), que ejerció las labores de secretario de cifra del embajador en Roma y Nápoles hasta 1636²¹. Otro vate que gozó de la protección del conde de Monterrey fue Juan Silvestre Gómez, quien habría de describir la famosa galería decorada con las obras de arte y el jardín en un amplio poema: el *Jardín florido del Excelentísimo Señor conde de Monterrey y de Fuentes*²². No podemos extendernos aquí en el examen de la notoria presencia de poetas y pintores españoles en la órbita de la embajada de Roma durante la tercera década del siglo XVII, aunque al menos es obligado ponderar el rico panorama estético e intelectual que pudo conocer de primera mano Corral durante aquellos años. En los medios académicos romanos debió de trabar conocimiento con poetas como el materano Tommaso Stigliani o Pier Francesco Paoli da Pesaro, pues ambos consagraron un soneto y dos madrigales laudatorios a la traducción de los *Poemata* de Urbano VIII²³.

Por cuanto ahora nos atañe, cabe subrayar cómo la estancia romana de Gabriel del Corral dejó una interesante huella en dos compendios de similar relevancia, tanto en España

²⁰ Katrin Zimmermann, “Il viceré VI conte di Monterrey. Mecenate e committente a Napoli (1631-1637)”, en José Luis Colomer (ed.), *España y Nápoles. Coleccionismo y mecenazgo virreinales en el siglo XVII*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2009, pp. 277-292. Mercedes Simal López, “Antes y después de Nápoles. Iniciativas artísticas del VI conde de Monterrey durante el virreinato partenopeo y fortuna de sus colecciones a su regreso a España”, *Dimori signorili a Napoli. Palazzo Zevallos Stigliano e il mecenatismo aristocratico dal XVI al XX secolo*, Napoli, Arte'M, 2013, pp. 345-365.

²¹ Véase el estudio preliminar y la antología cuidada por José Manuel Blecua, “Poesías de Martín Miguel Navarro”, *Archivo de Filología Aragonesa*, I (1945), pp. 217-317.

²² De las ciento veintisiete estancias que integran el poema laudatorio, un amplio fragmento se reserva significativamente para el encomio del linaje del prócer (octavas LXXIX-CXXVII). La información aparece recogida en el citado estudio de Zimmermann, p. 241, n. 49, así como en el trabajo de Mercedes Simal, p. 362, n. 51. Como me recuerda, oportunamente, Ángel Rivas Albaladejo, la trascendencia de la colección de pinturas y de este poema descriptivo fue señalada anteriormente por Miguel Morán y Fernando Checa en su importante monografía sobre *El coleccionismo en España: de la cámara de las maravillas a la galería de pinturas*, Madrid, Cátedra, 1985, pp. 288-289. El profesor Rivas Albaladejo y yo hemos preparado un amplio estudio conjunto del patronazgo literario del conde de Monterrey y un análisis detallado de este ambicioso poema descriptivo (con edición crítica y anotada del poema): *El jardín del conde de Monterrey: Arte, Naturaleza y Panegírico*, Salamanca, Delirio, 2018.

²³ José Luis Colomer, “Luoghi e attori della ‘pietas hispanica’ a Roma all’epoca di Borromini”, en C. L. Frommel y E. Sladek (eds.), *Francesco Borromini. Atti del Convegno Internazionale*, Roma, 2000, pp. 346-357. Thomas James Dandeleit, *La Roma española (1500-1700)*, Barcelona, Crítica, 2002. Del mismo estudioso, *Spain in Italy: Politics, Society and Religion (1500-1700)*, Leyden-Boston, Brill, 2007.

como en Italia. En primer lugar ha de citarse el breve elogio que Lope de Vega brindaba al escritor en dos pasajes del *Laurel de Apolo* (Madrid, Juan González, 1630)²⁴. El exhaustivo catálogo de autores y obras áureo-seculares ofrece sendas referencias a Corral desde el marco de la silva III (vv. 324-328) y la silva VIII (vv. 278-283). Allí pueden leerse las siguientes alabanzas entonadas por el Fénix:

Don Gabriel de Corral, cuya famosa
Cintia al laurel aspira,
desde Italia suspira
y, valido de dama tan hermosa,
verde laurel procura
como por su valor, por su hermosura [...].

Don Gabriel de Corral, en quien hallaron
dulzura, prontitud, gracia, agudeza,
lustre para igualar a su nobleza,
por español Propercio le aclamaron:
Musas, dadle el laurel, que no ha nacido
ingenio en nuestra patria más florido.

Pese al carácter algo genérico de ambos encomios, creo que puede espigarse entre los dos pasajes lopescos algún dato de interés. En primer lugar, el dramaturgo está al tanto de que a la altura de 1629 Gabriel del Corral reside en la capital de los estados pontificios, al servicio del conde de Monterrey en la embajada: “don Gabriel de Corral [...] desde Italia suspira”. Por otro lado, el carácter culto y exquisito de algunos poemas del ingenio pinciano, su fácil vena como poeta neolatino y el título de su novela en clave (*Cintia de Aranjuez*) permiten identificar al autor, con un sintagma ambivalente y estupenda hipérbole, como un “español Propercio”.

Al igual que la sintética alabanza del dramaturgo madrileño, presenta sumo interés la entrada que Leone Allacci (Quíos, 1586-Roma, 1669) recogía poco después entre las páginas del volumen *Apes Urbanae* (Roma, Luigi Grignano, 1633), donde pasa revista a los hombres de letras residentes en la Roma de Urbano VIII entre 1630 y 1632²⁵. Allí se da curiosa noticia de varias obras del docto clérigo, tanto impresas como inéditas:

Gabriel de Corral, Vallisoletanus, in utroque iure laureatus, edidit:

²⁴ *Laurel de Apolo* (ed. Antonio Carreño), Madrid, Cátedra, 2007, pp. 252 y 403. Los preliminares del apabullante catálogo de poetas que Lope abordara en pleno ciclo *de senectute* permiten afinar la cronología de esta obra, ya que Juan de Jáuregui firmaba la aprobación del volumen “en Madrid, 22 de noviembre de 1629” y el secretario real Juan Lasso de la Vega signaba a su vez la suma de privilegio el 26 de diciembre de 1629. Varias semanas después, el propio Lope rubricaba la dedicatoria *Al excelentísimo señor don Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, Almirante de Castilla* “De Madrid, último de enero de 1630”.

²⁵ Sobre algunos curiosos avatares de esta admirable panorámica intelectual de Roma en la década de 1630, véase Thomas Cerbu y Michel-Pierre Lerner, “La disgrâce de Galilée dans les *Apes Urbanae*: sur la fabrique du texte de Leone Allacci”, *Nuncius. Annali di Storia della Scienza*, XV (2000), pp. 589-610. Puede consultarse igualmente la indagación específica de Michel-Pierre Lerner, “Le panégyrique différé ou les aléas de la notice ‘Thomas Campanella’ des *Apes Urbanae*”, *Bruniana & Campanelliana*, 7, 2 (2001), pp. 413-451.

- 1 *Argenidem Ioannis Barclaii, sermone hispanico. Madriti, Apud Ioannem Gonzalez, 1628. In 4.*
- 2 *Librum prosa versuque compositum, quem Cynthia voluit appellare. Madriti 1627. In 8.*
- 3 *Carmen in Romanam Praefecturam Principis Thaddaei Barberini. Romae 1631. In 8.*
Absoluit propediem edenda:
- [4.] *Opera Poëtica S. D. N. Urbani Papa VIII. Cultiori Hispanorum lingua vario carminum genere. Necnon,*
- [5.] *Lucubrationes et Interpretationes in Martialis Epigrammata.*
*Aliaque meditatur, quae ultimam limam expectant*²⁶.

Allacci se hace eco en este listado tanto de obras ya publicadas en España (la traducción de la *Argenis*, el prosímetro novelesco de la *Cintia de Aranjuez*) como de títulos de reciente aparición que Corral acababa de dar a las prensas en Italia (el *Panegírico a Taddeo Barberini*)²⁷. Significativamente, se cita como una obra ya culminada la versión castellana de los *Poemata* de Urbano VIII, notable traducción que no llegaría a ver la imprenta y que hoy se conserva manuscrita en el Fondo Barberini de la Biblioteca Vaticana²⁸. Tampoco parece baladí la mención de otro texto muy relacionado con los gustos de la erudición barroca hispana, según leemos en la interesante referencia a un comentario a los epigramas del bilbilitano Marco Valerio Marcial (*Lucubrationes et Interpretationes in Martialis Epigrammata*). De forma imprecisa, el erudito teólogo se hace eco finalmente de varios textos *in fieri*, a los que alude como “otras obras que está ahora componiendo y aguardan la última lima”.

Aunque no posea la misma relevancia que los testimonios de Lope de Vega o de Leone Allacci, no estará de más recordar otra breve noticia que se hace eco de algunos pinitos de Corral como dramaturgo. Se halla ésta en la *Memoria de los que escriben comedias en Castilla solamente*, recogida en la miscelánea *Para todos* (Madrid, Alonso Pérez, 1635), de Juan Pérez de Montalbán. En apenas dos líneas el malogrado discípulo de Lope menciona la residencia del autor vallisoletano en la ciudad pontificia, citando a su patrón y ponderando la fácil vena del incipiente comediógrafo: “Don Gabriel de Corral, que hoy está en Roma al servicio del

²⁶ *Apes Urbanae sive De Viris Illustribus qui ab anno MDCXXX per totum MDCXXXII Romae adfuerunt ac Typis aliquid evulgarunt*, Romae, Excudebat Ludovicus Grignanus, MDCXXXIII, pp. 113-114. La licencia de impresión se firma en Roma el 13 de febrero de 1633.

²⁷ A raíz del estudio de la figura del historiador y jurisperito luso Vicente Nogueira, residente asimismo en Roma durante el pontificado de Urbano VIII, Fabien Montcher ha constatado la destacable importancia de los autores españoles y portugueses en el amplio compendio de Leone Allacci.

²⁸ Como oportunamente me hace notar Fabien Montcher, la crítica estima que algunas entradas de las *Apes Urbanae* se limitaron a reproducir la información que los propios autores –interesados en publicitarse– hicieron llegar a Allacci durante el proceso de compilación de datos. Por otro lado, el aspecto “censorio” que refleja el volumen del erudito teólogo al servicio de los Barberini tampoco ha de pasarse por alto, ya que se sometieron a estricta revisión las referencias a determinados autores y eventos. Según anota bellamente el profesor Montcher, “la sombra de Galileo no iba a tardar en pesar mucho sobre los asuntos literarios y políticos en Roma”.

conde de Monterrey, las escribe como quien quiere probar la pluma en lo menos, excelentísimamente”²⁹.

3. La apoteosis de Taddeo Barberini: el contexto dinástico de las *laudes romanae*

Entre 1629 y 1632, el cultivo de la poesía encomiástica por parte de Gabriel del Corral aparece ligado al ámbito cancilleresco que circunda al conde de Monterrey, así como al entorno literario y familiar del papa Urbano VIII. Las *laudes romanae* que acometía el capellán y limosnero del embajador español ante la Santa Sede pueden rastrearse tempranamente, desde la misma relación en verso de los festejos que conmemoraron en la ciudad eterna el nacimiento del príncipe Baltasar Carlos (1629), donde Corral cita en destacado lugar a doña Anna Colonna, esposa de Taddeo Barberini, sobrino del Papa. Justo es apuntar que el cortejo del pontífice poeta había comenzado algo antes, en 1626, con una composición neolatina en doce dísticos elegíacos: “*Urbanus sublimior otia curis / iungere cui blandis officiosa licet [...] / Sic ergo nostrum Dominum te numinis instar, / carminibus colimus muneribusque tuis*”³⁰. Además de otras poesías de elogio consagradas de forma directa o indirecta al propio Urbano VIII, resulta de obligada memoria el singular políptico integrado por cuatro sonetos de encomio que dedicó a otros tantos familiares directos del Papa: el cardenal Francesco Barberini; Antonio Marcello Barberini, cardenal de Sant’Onofre; Antonio Barberini el Joven, cardenal legado para la Paz de Piamonte y el pequeño Maffeo Barberini el Joven, hijo del príncipe de Palestrina³¹.

El variado conjunto de versos encomiásticos que Gabriel del Corral redactara para ensalzar la virtud y los méritos del sumo pontífice y de buena parte de su linaje constituye un interesante documento poético inserto en un marco bastante complejo para la diplomacia española de la época, habida cuenta de las conocidas simpatías filo-francesas de Urbano VIII

²⁹ *Para todos, ejemplos morales, humanos y divinos*, Pamplona, 1702, p. 544.

³⁰ *Obras*, p. 185.

³¹ Un comentario de estas cuatro composiciones encomiásticas se localiza en Jesús Ponce Cárdenas, “Dintornos de un panegírico romano: los elogios a la Casa Barberini de Gabriel del Corral”, en Béatrice Pérez (dir.), *La Reputación: quête individuelle et aspiration collective dans l’Espagne des Habsbourg. Hommage à la professeure Araceli Guillaume Alonso*, París, Sorbonne Université Presses, 2018, pp. 435-451 (véase el Apéndice). En general, sobre el patronazgo literario y artístico ejercido por el Pontífice Urbano VIII, es obligado remitir a la magnífica valoración global de Marc Fumaroli, “Le ‘siècle’ d’Urbain VIII”, en Lorenza Mochi Onori, Sebastian Schütze y Francesco Solinas (eds.), *I Barberini e la cultura europea del Seicento*, Roma, De Luca Editori D’Arte, 2007, pp. 1-14. Para el aspecto concreto de las representaciones teatrales y la música en la corte papal, consúltese la monografía de Frederick Hammond, *Music and Spectacle in Baroque Rome. Barberini Patronage under Urban VIII*, New Haven-London, Yale University Press, 1994.

y su familia³². Por sus elevadas aspiraciones, el *Panegírico a Taddeo Barberini* debería considerarse una pieza esencial en ese curioso entramado político y poético. Para comprender mejor su alcance e intencionalidad conviene detenerse un tanto en la figura juvenil del *laudandus*, el flamante príncipe de Palestrina³³.

Taddeo Barberini (Florencia, 16 noviembre 1603-París, 14 noviembre 1647) fue el hijo segundogénito de Costanza Magalotti y Carlo Barberini, duque de Monterotondo, general de los ejércitos pontificios, hermano de Urbano VIII. Del matrimonio de los duques de Monterotondo nacieron otros dos vástagos, Francesco y Antonio, destinados a la carrera eclesiástica, en la que ambos obtuvieron el capelo cardenalicio.

Tras la coronación del Papa en septiembre de 1623, la fulgurante ascensión de su sobrino comenzó a urdirse, fundada sobre los cimientos de una conveniente alianza dinástica. Así el 24 de noviembre de 1627 Taddeo contrajo matrimonio con Anna Colonna, hija del condestable Filippo Colonna y Lucrezia Tomacelli. Las suntuosas nupcias se celebraron en Castel Gandolfo, oficiadas por el propio Urbano VIII. Buena parte del Parnaso romano se movilizó entonces para componer versos epitalámicos en honor de la feliz pareja: Francesco Bracciolini, Pier Francesco Paoli da Pesaro, Giulio Rospigliosi, Flavio Fieschi, Lorenzo Azzolini, Giovanni Ciampoli, Nicolò Strozzi, Girolamo Tortoletti (que rotula curiosamente su poema como *Panegirico Nuttiale*), el marqués Sforza Pallavicino, Giovanni Stefano Marini... Según era costumbre, todas aquellas composiciones fueron recogidas en un elegante tomo celebrativo de *Componimenti poetici di vari autori nelle nozze delli eccellentissimi D. Taddeo Barberini e D. Anna Colonna* (Roma, Stampa Camerale, 1629).

³² Según la valoración de Thomas J. Dandeleit, “lo más desafortunado para los españoles fue la doble pérdida de este pontífice amigo [Gregorio XV] y de su rey, Felipe III, en un período de dos años. El siguiente papa, Urbano VIII (1623-1644), sería decididamente pro francés. A lo largo de los veinte años de su pontificado debilitó gran parte del poder que los españoles habían conseguido en Roma. Sumados al hecho de tener un rey joven e inexperto, a los problemas financieros y militares del imperio hispánico y al creciente poder de Francia, los esfuerzos de Urbano VIII y, principalmente, de los cardenales Barberini para debilitar la influencia y la presencia españolas en Roma marcaron el fin de la era de la supremacía española” (*La Roma española (1500-1700)*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 138). Con necesaria prudencia, el historiador Fabien Montcher me hace notar cómo “si bien se dice habitualmente que los Barberini fueron siempre pro-franceses, cabe apuntar la posibilidad de que tuvieran a bien generar o recibir poemas encomiásticos como los de Gabriel del Corral”. Dicha estrategia iría “en pos de potenciar su reputación de gobernantes y pastores ‘neutros’. Al fin y al cabo la idea de neutralidad fue muy importante para el propio Urbano VIII así como para la política de familia desarrollada por los Barberini”. Tal idea aparecía ya esbozada en el estudio de Quintín Aldea Vaquero S. J., “La neutralidad de Urbano VIII en los años decisivos de la Guerra de los Treinta Años (1628-1632)”, *Hispania Sacra*, 21 (1968), pp. 155-178.

³³ En las siguientes líneas se trazará una rápida semblanza del sobrino del Pontífice a partir de los datos que figuran en la entrada recogida en el *Dizionario Biografico degli Italiani*, 1964, pp. 180-182.

A pesar de los modestos orígenes florentinos de los Barberini, el vínculo matrimonial del joven Taddeo con uno de los linajes romanos de mayor abolengo no solo le aseguraba riqueza y apoyos políticos, sino que legitimaba de algún modo su integración en el círculo más selecto de la nobleza itálica. Por si ello fuera poco, desde el punto de vista financiero, los Colonna se comprometieron a dotar a la esposa con una suma considerable para la época, que ascendía a 180.000 escudos³⁴. Después de varios años de tratativas, que se dilataron de 1627 a 1630, el duque de Monterotondo adquirió para su heredero los derechos sobre el feudo de Palestrina, tras un acuerdo firmado con Francesco Colonna, lo que confirió al joven esposo y su consorte el título de príncipes³⁵. De la prolífica unión de Taddeo Barberini y Anna Colonna nacieron cinco hijos: Camilla (fallecida con apenas dos años, en 1631), Lucrezia (que en 1654 se convirtió en la tercera esposa de Francesco I, duque de Módena), Carlo (que obtuvo el capelo cardenalicio en 1653), el ya citado Maffeo (19 agosto 1631- 28 noviembre 1685, heredero del título de Príncipe de Palestrina, Gonfaloniere de la Iglesia) y Niccolò (que fue fraile carmelitano). Merced a la protección de su tío, los dominios de Taddeo Barberini fueron ampliándose durante los años sucesivos, ya que en 1634 compró a la familia Sforza el feudo de Valmontone y una década después, en julio de 1644, adquirió los dominios de Monte Libretti, antaño pertenecientes a los Orsini.

Tras el óbito de su padre (26 febrero 1630), Taddeo Barberini le sucedió en todos sus cargos: General de la Iglesia, Gobernador de Borgo y Alcaide de Castel Sant'Angelo. Con apenas veintiséis años, se convertía así en el hombre fuerte del ramo secolar de la familia. Las prebendas siguieron lloviendo sobre este sobrino dilecto del pontífice, ya que a la muerte de Francesco Maria della Rovere (28 abril 1631), Urbano VIII tomó una decisión que sorprendió grandemente en los círculos cortesanos y diplomáticos: nombrar a su sobrino Prefecto de Roma, un cargo de naturaleza honorífica que por tradición secular recaía en los próceres de la familia Della Rovere. Con ocasión de tan destacado suceso la ciudad eterna se dispuso a conmemorar con gran fasto el acontecimiento político³⁶.

³⁴ Se custodia en el Archivo Barberini la *Relazione sopra la dote et heredità dell'Eccellentissima Signora Anna Colonna Barberini*, de cuyos datos se hacen eco Irene Fossi y Maria Antonietta Visceglia en un importante trabajo sobre "Marriage and Politics at the Papal Court in the Sixteenth and Seventeenth Centuries", en Trevor Dean y K. J. P. Lowe (eds.), *Marriage in Italy (1300-1650)*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 197-224 (p. 222).

³⁵ Caroline Castiglione, "The Barberini Buy a Piece of Paradise While They Descend into Hell", *Patrons and Adversaries. Nobles and Villagers in Italian Politics (1640-1760)*, Oxford-New York, Oxford University Press, 2005, pp. 17-40 (en especial, pp. 24-25).

³⁶ Algunas facciones disidentes no vieron con buenos ojos que el Pontífice privara de esa prebenda al antiguo linaje Della Rovere, según testimonios de la época. De ello se hace eco Rietbergen en una importante monografía:

Las solemnidades de la toma de posesión se iniciaron el 1 de agosto de 1631 con la celebración de una Entrada Solemne en Roma por la Puerta del Popolo. El momento culminante de los rituales tuvo lugar el 5 del mismo mes en la capilla del Quirinal con la solemne imposición de los atributos de la dignidad prefecticia a Taddeo Barberini por el Pontífice mismo. El valor simbólico que los Barberini quisieron conceder a la toma de posesión del príncipe de Palestrina como Prefecto de la Urbe puede intuirse gracias a la apreciable serie de proyecciones artísticas y textuales que tuvo este acontecimiento, eternizado por pintores de la talla de Giovanni Ferri, Agostino Tassi o Andrea Sacchi.

En efecto, se atribuye al artista sienés Giovanni Ferri la autoría del *Cortejo del prefecto de Roma, Taddeo Barberini, en el rione Ponte* (óleo sobre lienzo, Palazzo Braschi, óleo sobre lienzo)



La pintura conmemorativa representa el avance del solemne cortejo por via dei Banchi, en el rione Ponte. La escena se enmarca entre la masa del palacio de la Zecca (izquierda) y la fachada del palacio Altoviti (derecha). Al fondo se adivina el perfil de Castel Sant'Angelo. Al lado izquierdo puede reconocerse al nuevo Prefecto montado a caballo, a cuyo lado cabalgan el gobernador de Roma y Filippo Colonna, condestable de la ciudad eterna y suegro de Taddeo Barberini. Delante de ellos se aprecia el grupo de los Conservadores, mientras que en primer plano figuran la Guardia Suiza y los fieles de Vitorchiano. Prosigue el Gonfaloniere con el

“Gigli could and did give ample coverage to the sumptuous cavalcades that in 1631 were staged to celebrate Taddeo Barberini’s nomination to the venerable office of Prefect of Rome, on the death of the hereditary Prefect, the last duke of Urbino. However, he also positively jumped at the opportunity to indicate that many people felt disgusted by the papal decision, and, consequently, failed to show up at the festivities. Indeed, he recounts with evident glee the ceremonial struggles that ensued between the foreign ambassadors, who refused to let the newfangled Prefect take precedence” (P. J. A. N. Rietbergen, *Power and Religion in Baroque Rome: Barberini Cultural Policies*, Leyden, Brill, 2006, p. 50). Una de las dos decisiones más controvertidas del pontífice en el contexto romano afecta directamente al ceremonial de corte en torno al príncipe de Palestrina. Como señala el propio Rietbergen, además de la decisión de equiparar en rango a todos los preladados del Colegio Cardenalicio a los príncipes de sangre, “still more problematic was the decision to raise the Prefect of Rome –Taddeo Barberini– to a position in which he, too, preceded all ambassadors, following immediately after the cardinals. He even was given a headdress resembling an ancient mitre” (*ibidem*, p. 191).

estandarte del Senado y el Pueblo Romano, mientras que a mano derecha puede divisarse el grupo constituido por los senadores, vestidos de oscuro y precedidos por cuatro trompeteros a caballo.

Otro destacado testimonio artístico ofrece un cuadro de Agostino Tassi: *Investidura de Taddeo Barberini como prefecto de Roma en la capilla paulina del Quirinale* (Museo de Roma, óleo sobre lienzo, 443 x 175 cm, 1631-1632).



La perspectiva central de la espléndida capilla erigida en 1617 sirve de marco solemne al acontecimiento, en el que aparecen representados los miembros más ilustres de la corte pontificia.

La última imagen que hemos de contemplar es el soberbio retrato de *Taddeo Barberini ataviado con el uniforme de Prefecto de Roma* (Direzione Generale di Roma, óleo sobre lienzo, 250 x 150 cm.), de Andrea Sacchi.



La solemne efigie responde plenamente a los atributos del retrato áulico o retrato de aparato. El sobrino del pontífice luce con orgullo los suntuosos ropajes de su nuevo cargo: el pesado

manto de púrpura con bordaduras de oro adquiere airoso volumen sobre el costado del prócer. El efecto de tridimensionalidad se acentúa con la grácil curva que traza con sutil movimiento la pierna izquierda. La pompa y solemnidad de las vestiduras se confió a un artista de la talla de Pietro da Crotona.

El nombramiento de Taddeo Barberini como *Praefectus Urbis* no sólo tuvo proyección en las artes visuales –los lienzos de Ferri, Tassi o Sacchi- sino que también inspiró varios textos impresos y manuscritos de cierto relieve. Destaca, en primer término, el notable volumen de Felice Contelori titulado *De Praefecto Urbis Liber*, que vio la luz en Roma durante el otoño de 1631³⁷. En este trabajo de erudición anticuaria, dedicado al poderoso sobrino del papa, Contelori –entonces responsable de la ordenación de los fondos de la Biblioteca Barberini– examinaba desde todos los ángulos posibles el antiguo cargo latino. A lo largo de seis capítulos dilucida así el origen y antigüedad de la prefectura de Roma, el ceremonial de la investidura, las funciones que son propias del cargo de prefecto, los poderes y jurisdicciones que comprende la prefectura urbana, las prerrogativas que conlleva el nombramiento y, finalmente, la amplia serie de personajes que han ostentado dicho cargo desde la fundación de Roma hasta el siglo XVII. El tomo estaba ricamente adornado con grabados de cierta calidad.

Junto al libro de Contelori, que puede relacionarse en sentido amplio con el orbe de la historiografía, podemos situar algunas piezas encomiásticas. Además del *Panegírico a Taddeo Barberini* de Gabriel del Corral, desde el campo de la lírica laudatoria Francesco Battaglini (Rimini, 1610-Roma, 1632), joven poeta perteneciente a una noble familia emiliana, compuso una *Ode nell'esaltazione di D. Taddeo Barberini alla Prefettura di Roma* (cuyo *incipit* reza “Sempre canuto e bianco”).

4. El *Panegírico a Taddeo Barberini*: género y estilo

De forma sintética, en las catorce octavas reales que integran este breve panegírico se sigue de cerca la codificación retórica del antiguo *basilikòs logos*, designado asimismo como *discurso regio* o *discurso imperial*. Según estableciera Menandro el Rétor en un conocido manual de oratoria epidíctica:

El discurso imperial es un encomio al emperador. Así que contendrá una amplificación convencional de las buenas cualidades que son propias de un emperador y nada admite ambiguo ni discutible, por ser

³⁷ Hoy el interesantísimo tratado de tema anticuario puede consultarse digitalizado en la red: https://ia800401.us.archive.org/25/items/bub_gb_Qm8r-x77sfMC/bub_gb_Qm8r-x77sfMC.pdf

ilustre la persona en grado sumo, sino que harás la elaboración basándote en lo que se reconoce comúnmente como bueno³⁸.

Bajo la guía de esta norma esencial, la estructura del *Panegírico a Taddeo Barberini* no presenta grandes complejidades. En el poema pueden distinguirse cuatro partes de extensión desigual: 1- Proemio (vv. 1-8), 2- Explicitación de la causa del elogio: concesión de la prefectura romana (vv. 9-16), 3- Encomio de las virtudes imperiales que ornan al prócer (vv. 17-48), 4- Aparición del Tíber, deidad fluvial, acompañada de una extensa *sermocinatio* del numen (vv. 49-112). En el amplio fragmento final puesto en boca del dios-río se aprecian asimismo tres sub-secciones: a- elogio directo del *laudandus* (vv. 57-80), b- alabanza de su esposa (vv. 81-84), c- encomio de la descendencia de ambos, destinada a las mayores glorias (vv. 85-104).

Si examinamos con alguna detención la estancia que sirve de proemio al canto laudatorio, podemos identificar en ella la presencia de algunos lugares comunes apuntados por Menandro, que aconsejaba basar este tipo de introducciones poéticas en un tipo de *amplificatio* que atribuya “grandeza al tema, diciendo que es difícil de abordar” y que el encomiasta se ha “lanzado a un combate no fácil de llevar a buen término con la palabra”³⁹. Además el rétor de Laodicea aconseja mencionar lo justo que resulta “habiendo disfrutado de tantos beneficios por parte de los emperadores [...], devolverles el tributo apropiado y a ellos debido”. La primera octava del poema reza así:

Conozco humilde, oh príncipe triunfante,
que no caben tus glorias en mi acento,
pues los rayos recelo en tu semblante
si al honor me persuado del intento,
ni del premio (aunque grande, no bastante)
se aprecia tu mayor merecimiento.
¡Oh, tú, del cielo el único cuidado,
a la corona, al cetro destinado!

A través de una pequeña cadena verbal (“conozco”, “recelo”, “me persuado”), el locutor poético deja entrever su miedo ante la imponente labor que se dispone a acometer, según los usos propios de la *trepidatio*. El predicativo *humilde*, situado significativamente en el arranque mismo de la composición, enfatiza la tópica de la *humilitas*, encaminada a captar la benevolencia del destinatario. Como es uso habitual en los proemios antiguos, se recalca la idea de que la abundancia de hazañas y virtudes del *laudandus* rebasa las capacidades del encomiasta como cantor inspirado. De hecho, pueden encontrarse fórmulas similares desde el

³⁸ *Dos tratados de retórica epidíctica* (trad. Manuel García García y Joaquín Gutiérrez Calderón), Madrid, Gredos, 1996, p. 149. Desde este momento las citas de esta obra se harán bajo la forma abreviada *Tratados*.

³⁹ *Tratados*, pp. 149-150. Seguidamente espigo otra cita de la p. 150.

incipit del Panegírico a Mesala, destacada pieza del *corpus tibullianum* (vv. 1-8), así como en los panegíricos de Claudiano, principal modelo del género durante el Barroco.

De manera sutil, en el apóstrofe “*Oh príncipe triunfante*” del verso primero, se diría que el poeta pretende insinuar una idea en la mente de los receptores: la asimilación simbólica del acontecimiento coevo a los antiguos usos de la Roma imperial. Probablemente, el adjetivo “*triunfante*” permitiría identificar la solemne procesión de la capital pontificia con el cuadro ideal del antiguo *Triumphus* clásico, en este caso motivado no por una victoria en una campaña militar, sino por la celebración pública de un nombramiento de alto rango⁴⁰. Dicha idea parece reforzarse a lo largo de la entera composición mediante giros como: “A Roma diré yo cuánto interesa / en la pompa que ofrece a tu decoro” (vv. 11-12), “En aplauso triunfal mira crecidas / las pompas de sus Césares pasados” (vv. 17-18), “Frecuente escucho el nombre de Tadeo / en el común aplauso” (vv. 65-66), “De tu trofeo / quiero añadirme al séquito lozano” (vv. 69-70), “que gallardo se mezcla a las hileras” (v. 110).

La segunda estancia establece el marco conceptual del elogio, ubicándolo en el entorno de la ciudad de Roma y en la concesión del cargo honorífico al sobrino del papa.

A Roma (aunque ella misma lo confiesa,
pues que te llama su mayor tesoro),
a Roma diré yo cuánto interesa
en la pompa que ofrece a tu decoro.
Hoy no solo su antigua gloria cesa,
mas por ti goza nuevos siglos de oro,
cuando del Santo Atlante firme Alcides,
con hombro fiel, Prefecto la presides.

La octava se abre con un recurso de antiguo abolengo y amplia fortuna en los panegíricos antiguos: la *fictio personae* o personificación alegórica. La *geminatio* en disposición anafórica (“A Roma [...], / a Roma”) sirve para dibujar –como en escorzo– la figura soberbia de la *dea Roma*, convertida así en privilegiada destinataria del discurso. A partir del verso décimo tercero comparece la tópica del sobrepujamiento (“*Hoy [la] antigua gloria [de Roma] cesa*”), disponiendo en paralelo el brillo de las antiguas honras imperiales con las nuevas celebraciones

⁴⁰ La solemne procesión –o *pompa*, en latinismo muy del gusto gongorino– iba encabezada por los senadores, detrás de los cuales se exhibía el botín arrebatado al enemigo junto a las reproducciones de batallas y las ciudades tomadas. Seguidamente se hacía desfilar varios toros blancos, destinados al sacrificio, junto a las hileras de prisioneros. Remataba el cortejo el propio general victorioso, coronado de olivo, con las facciones teñidas de minio y ataviado de púrpura, sobre un carro dorado. Tras él desfilaban los legionarios romanos, ornados con coronas de laurel. El itinerario del triunfo por la ciudad eterna era siempre el mismo: partía desde el Campo de Marte, pasaba por la *Porta Triumphalis*, el *Velabrum*, el Foro Boario, el Circo Máximo y se encaminaba a la Vía Sacra. Cuando la procesión alcanzaba la escalinata del templo de Júpiter Óptimo Máximo en el Capitolio se ofrecía solemnemente a los dioses los laureles de la victoria y se sacrificaban varios toros blancos.

del Papado. Desde la época tardía el mismo tipo de referencia se localiza en los modelos clásicos, como testimonia la obra de Claudiano, donde pueden espigarse fórmulas de similar tenor (“*Taceat superata Vetustas*” / ‘que calle, vencida, la Antigüedad’)⁴¹. La vigencia de esa tópica en la poesía laudatoria de la España barroca puede ilustrarse con los versos iniciales de un soneto de Bartolomé Leonardo de Argensola encaminado *Al conde de Lemos, virrey de Nápoles* (h. 1611-1612): “*Calle sus triunfos la romana Historia, / Castro, pues con pacíficas acciones / su político estado le compones, / sin que el furor preceda a la victoria*”⁴².

La estrofa presenta otro detalle de interés, a partir del uso de una simbología mítica de origen latino, habitual en España para referirse al valimiento. En efecto, la imagen de la pareja que integran Atlas y Hércules alternando sobre sus hombros el peso de la bóveda celeste Corral la aplica al pontífice Urbano VIII (designado mediante la perífrasis “Santo Atlante”, v. 15) y a Taddeo Barberini (identificado consecuentemente como “firme Alcides”, v. 15), pues el joven prefecto ayuda a su tío a sobrellevar la tarea inmane del gobierno⁴³. Es obligado recordar cómo la estampa del gigantesco personaje cargando con la mole del universo y la ayuda que recibió del robusto hijo de Júpiter referida a la toma de poder se remonta hasta los poemas tardo-antiguos de Claudiano (*Panegírico al tercer consulado de Honorio*, vv. 105-110)⁴⁴ y de Sidonio Apolinar (*Panegírico de Avito*, vv. 576-584)⁴⁵. Probablemente fue Góngora quien puso nuevamente en circulación entre los poetas cortesanos del Barroco esa equiparación mítica, ya que bajo forma de símil, la recogía en 1617 en las octavas del *Panegírico al duque de Lerma*. Así identificaba el racionero al joven Felipe III compartiendo sus tareas con don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas (estancia XXXII): “Su hombro ilustra luego suficiente / el peso de

⁴¹ Sobre la pervivencia de la tópica del sobrepujamiento en los panegíricos neolatinos españoles del Quinientos, véase la brillante reflexión de Manuel A. Díaz Gito, “El *Encomio del duque de Alba* de Calvete de Estrella, entre la apología y el desagravio”, *Criticón*, 132 (2018), pp. 33-49 (en especial, pp. 43-47).

⁴² Ha estudiado dicha composición María D’Agostino en “*La cerviz de Atlante*. El conde de Lemos en la poesía de Bartolomé Leonardo de Argensola”, en Encarnación Sánchez García, *Lingua spagnola e cultura ispanica a Napoli fra Rinascimento e Barocco. Testimonianze a stampa*, Napoli, Tullio Pironti Editore, 2013, pp. 137-154 (pp. 145-146).

⁴³ Cabe apuntar cómo durante la estada romana Gabriel del Corral usó esa misma imagen en varias composiciones de elogio. Desde 1629 la encontramos en los versos iniciales de la *Epístola que refiere las fiestas que al dichoso nacimiento del Príncipe de España hizo el excelentísimo conde de Monterrey*: “Y al abrir la nema el conde / de Monterrey (*fiel Atlante / en cuyos valientes hombros / estriba peso tan grave*) / varios instrumentos dieron / al viento voces süaves” (*Obras*, p. 102). Se localiza asimismo en otra pieza del ciclo laudatorio a los familiares del pontífice, datada en 1632 (*Al excelentísimo señor don Taddeo Barberini, [hijo] primogénito [del] príncipe de Palestrina, prefecto de Roma, estando en sus primeros años enfermo*): “Tú, que delicia singular del suelo, / como *novel Alcides* brevemente / el *Non plus ultra* añadirás valiente / a las nobles columnas de tu abuelo” (*Obras*, p. 442).

⁴⁴ Claudien, *Oeuvres. Poèmes politiques* (ed. Jean-Louis Charlet), Paris, Les Belles Lettres, 2002, p. 41.

⁴⁵ Sidoine Apollinaire, *Poèmes* (ed. André Loyen), Paris, Les Belles Lettres, 2008, pp. 76-77. Puede consultarse asimismo la edición más reciente de Jesús Hernández Lobato: *Poemas*, Madrid, Cátedra, 2015, pp. 406-407.

ambos mundos soberano, / cual la estrellada máquina luciente / doctas fuerzas de monte hoy africano: / ministro escogió tal, a quien valiente / absuelto de sus vínculos en vano / el inmenso hará, el celestial orbe / que opreso gima, que la espalda corve”⁴⁶.

En tono majestuoso, el encomiasta recoge en el verso décimo cuarto (“*Por ti goza nuevos siglos de oro*”) un tópico laudatorio muy común desde la cuarta bucólica de Virgilio: la promesa del advenimiento de una nueva *Aurea Aetas* gracias a la acción de un gobernante providencial. De hecho, el propio Corral en la égloga *Parténope*, datada en Roma en mayo de 1632, atribuiría la llegada de esa nueva edad de oro no al Prefecto, sino al Sumo Pontífice: “A la memoria del divino Urbano, / del Tibre mayoral, el venerado / árbitro de la tierra, el dios humano, / porque *doró su siglo*, porque ha dado / nuevo lustre a las ciencias abatidas, / de quien fue amparo y defensor sagrado”⁴⁷.

Una vez elaborado el proemio y aclarado el contexto del encomio, el escritor deberá afrontar un lance difícil, ya que la preceptiva del *basilikòs lógos* aconseja abordar en este punto el apartado dedicado a la patria y la familia. En el marco de las catorce estrofas del *Panegírico* nada se dice sobre la antigüedad e importancia de la Casa Barberini, ya que esta no pertenecía a los linajes más poderosos y antiguos de Toscana. Significativamente, Gabriel del Corral también omite toda mención al origen florentino de Taddeo, ya que podría socavar de alguna manera sus pretensiones de encabezar la nobleza romana, gracias a su alianza matrimonial y al poder que le había conferido el Papa. Por si esto fuera poco, las dificultades que debía salvar el encomiasta no acababan aquí, ya que el apartado central del elogio de un gobernante se reserva para la pragmatografía, es decir, la descripción de las acciones gloriosas llevadas a término por el *laudandus* tanto en la paz como en la guerra. En definitiva, la configuración del encomio chocaba aquí estrepitosamente con la realidad. La verdad histórica no permitía falsear los hechos recientes: en febrero de 1630, con apenas veintiséis años, Taddeo Barberini había heredado de su padre el cargo de general de los ejércitos pontificios, pero jamás había encabezado una campaña militar victoriosa. Ciertamente es que, desde el plano político, su posición en la corte papal se había reforzado grandemente en agosto de 1631 con el nombramiento de Prefecto de Roma, mas en este punto su hoja de servicios estaba igualmente en blanco, ya que tampoco había encabezado ninguna actividad como gobernante o como legislador⁴⁸.

⁴⁶ Luis de Góngora, *Obras completas* (ed. Antonio Carreira), Madrid, Biblioteca Castro, 2000, t. I, p. 486.

⁴⁷ *Obras*, p. 435.

⁴⁸ En definitiva, podría sostenerse que el único mérito objetivo del *laudandus* era su pertenencia a la familia del pontífice. No deja de resultar llamativo que esa misma dificultad a la hora de abordar el elogio de alguien joven sin méritos concretos, salvo su linaje, se cumpla ejemplarmente en el texto que fundó este género de encomio: el

Obligado a sortear la insidiosa sirte que plantean las acciones inexistentes de un prócer sin méritos especiales, el poeta vallisoletano se centrará en amplificar la sección de las virtudes imperiales: justicia, templanza, sabiduría y sentido humanitario (filantropía). Para ello recurrirá “a la comparación más completa, confrontando su principado con los principados anteriores, sin rebajar aquellos, sino admirándolos y concediendo a la vez la perfección al actual”⁴⁹. Por ende, a lo largo de cuatro estancias (III-VI) Corral aplica la técnica oratoria del sobrepujamiento a los *exempla* de Numa, Julio César, Tito y Trajano:

En aplauso triunfal mira crecidas las pompas de su Césares pasados, que en tus glorias, Tadeo, esclarecidas no sé si están vencidos o cifrados. Las virtudes que en todos repartidas del Mundo los hicieron venerados unidas, culto, adoración merecen, así en ti más heroicas resplandecen.	20
Cuando des ley al pueblo, gobernado afablemente por prudencia tanta, al sabio Numa excederás, dictado de más que la de Egeria Deidad santa. Como otro Julio, de tu brazo armado apelarán los hombres a tu planta y en un yugo, sin que haya quien lo estorbe, las cuatro frentes atarás del orbe.	25 30
A Trajano aventajas infinito ya en la sinceridad, ya en la justicia. La alma ciudad, con más razón que a Tito, te llama de los hombres la delicia. Cuanto ejemplar la antigua Historia ha escrito en orden a la paz o a la milicia, todo no solo en ti se representa, mas en exceso pródigo se aumenta.	35 40
Parecen tus virtudes generosas (tan desusadas son e inaccesibles) en su misma presencia más dudosas, y en su notoriedad más imposibles. Si en tus dorados años tan hermosas flores ostentas, frescas y apacibles, ¿qué frutos de tan fértil primavera el cano otoño de tu edad espera?	45

Panegírico de Olibrio y Probrino de Claudiano. Como ha dicho Jean-Louis Charlet, se trata del primer “panégryrique en hexamètres” encargado por la *gens Anicia* para “célébrer le consulat de deux jeunes gens qui n’avaient pour tout mérite que leur famille”. Tomo la cita de la introducción al volumen de los *Poèmes politiques. Première Partie*, Paris, Les Belles Lettres, 2002, p. IX.

⁴⁹ *Tratados*, p. 161.

Según apreciamos en estas estrofas, la identificación de Taddeo Barberini como *optimus princeps* se construye simbólicamente sobre la superación de los mejores dechados de la Antigua Roma. Si el legendario rey Numa encarna la sabiduría como legislador y la naturaleza piadosa, Julio César sirve como ejemplo de general victorioso y audaz conquistador⁵⁰. Junto a ellos, Trajano constituye el modelo de justicia y veracidad, en tanto que la filantropía y la templanza son la gala del emperador Tito. Las diversas virtudes de estas cuatro figuras de la historia romana conforman una suerte de espejo de príncipes, un paradigma de buen gobierno destinado a realizarse bajo el mando del sobrino del Papa. Como es habitual en este género de elogio, “l’insertion d’éléments historiques permet d’élever à un degré presque épique certaines situations, et donc d’ennoblir la structure panégyrique”⁵¹.

Dado que la inexistencia de acciones gloriosas por parte de Taddeo Barberini impedía el desarrollo del principal núcleo narrativo del *Panegírico*, con astuta finta Gabriel del Corral se decantará por ampliar la sección del elogio vinculada a lo mítico o fabuloso. De hecho, Menandro el Rétor ya había contemplado el posible desarrollo de un pasaje de ese tenor, tras la descripción de los combates que había librado el *princeps* y las conquistas que había realizado. Como se lee en su manual:

Entonces tendrás ocasión de relajar el estilo (eso es una innovación que hemos aprendido de los autores más recientes) y de dar voz, como en el drama, a una región [personificada] o a un río [como deidad fluvial]. A un río, como el poeta [Homero]: “*mucho, Aquiles, dominas, mas mucha injusticia perpetras*”. Y a una región de la misma manera, si decimos que ella reprocha la audacia de los que se atrevieron a resistir y que se siente agobiada por los cuerpos de los caídos. Por ejemplo, a mi parecer, si fuera poético el Istro como el río aquel, el poético Escamandro, diría: “*Vete lejos de mí y siembra de horror la llanura, / que llenas ya de cuerpos están mis ondas amables, / ni tengo por donde pueda verte mi corriente*”. Y cosas por el estilo⁵².

⁵⁰ En el amplio panegírico titulado *Il Ritratto del Serenissimo don Carlo Emanuele, duca di Savoia* (1608), Giovan Battista Marino recurre asimismo al paralelo entre el prócer de la Italia septentrional y el legendario monarca de Roma (sextina CLVI, vv. 5-6): “Onde in terra risorto oltra il costume / novo Numa ne sembra e novo nume”. Cito el texto del *cavalier* por la moderna edición crítica, cuidada por Giuseppe Alonzo: *Il Ritratto del Serenissimo don Carlo Emanuele duca di Savoia*, Roma, Aracne, 2011, p. 99. Como indica Alonzo, “Numa Pompilio, il secondo re di Roma, [può essere considerato il] simbolo tradizionale del buon governo pacifico e armonico (ad esempio, fondò le basi delle istituzioni romane repubblicane, alleviò la schiavitù, armonizzò i culti religiosi in conflitto)” (*ed. cit.*, p. 141, glosas a la estrofa 156). Por otro lado, entre las *Notas al Panegírico del señor marqués de Montalbán*, ejemplo conspicuo de auto-comentario, impreso en Granada en 1651 por Francisco de Trillo y Figueroa, al abordar los *exempla* clásicos que ha de seguir el *laudandus*, se identifican los valores que encarnan ambas figuras romanas: “O bien sea valeroso y elocuente como César, o pacífico y prudente como Numa, acero vista (por el uno) o su dosel y persona adorne y defienda (por el otro)”. Tomo la cita de las *Obras de don Francisco de Trillo y Figueroa* (ed. Antonio Gallego Morell), Madrid, C.S.I.C., 1951, p. 367.

⁵¹ Chiara O. Tommasi Moreschini, “L’utilisation du passé pour célébrer le présent. Esquisses d’histoire romaine chez Sidoine Apollinaire”, en Aurélie Delattre y Adeline Lionetto (eds.), *La Muse de l’éphémère. Formes de la poésie de circonstance de l’Antiquité à la Renaissance*, Paris, Classiques Garnier, 2014, pp. 185-201 (la cita en p. 197).

⁵² *Tratados*, pp. 157-158.

Al igual que Homero confiere la palabra al dios río Escamandro para dirigirse al heroico Aquiles en el canto XXI de la *Iliada*, como Virgilio presenta al divino Tíber profetizando a Eneas sus venideras conquistas (*Aeneis*, VIII, 30-65), Gabriel del Corral reserva las octavas IX-XIII de su panegírico a la *sermocinatio* o discurso en estilo directo del divino Tíber, que acude ante el nuevo prefecto para rendirle pleitesía y profetizar un destino glorioso para él y para todos sus descendientes.

El uso de una escena propia del entorno épico en el marco laudatorio del *basilikòs lógos* se localiza ya en los antiguos modelos, como el *Panegírico al consulado de los hermanos Olibrio y Probino*. En el cierre de dicho poema, Claudiano refiere los presagios favorables que Júpiter hizo ver en la bóveda celeste. El *laudator* relata a continuación cómo, atraído por los sonidos que resuenan en el cielo, el dios Tíber hace acto de presencia. La deidad fluvial pronunciará entonces un breve parlamento en loor de los nuevos cónsules y a continuación encargará a las ninfas la preparación de un suntuoso festín para celebrar tan fasto suceso⁵³. Es probable que Gabriel del Corral no recordara tan solo este dechado tardo-antiguo a la hora de componer el elogio al sobrino del pontífice, sino que tuviera bien presente asimismo otro poema encomiástico muy apreciado en la Roma barroca: *Il Tebro festante. Panegirico del signor Giovan Battista Marino a Papa Leone Undecimo*. Como bien se recordará, las octavas laudatorias del *cavalier* Marino fueron redactadas en abril de 1605 para conmemorar la subida

⁵³ *Panegírico al consulado de los hermanos Olibrio y Probino*, vv. 205-225: “*Ut sceptrum gessere manu membrisque rigentes / aptavere togas, signum dat summus hiulca / nube Pater gratamque facem per inane rotantes / prospera vibrati tonuerunt omnia nimbi. / Accepit sonitus curvis Tiberinus in antris, / ima valle sedens. Adrectis auribus haesit, / unde repentinus caeli fragor. Ilicet herbis / pallentes thalamos et structa cubilia musco / deserit ac Nymphis urnam commendat erilem. / Illi glauca nitent hirsuto lumina vultu / caeruleis infecta notis, reddentia patrem / Oceanum; crispo densantur gramine colla; / vertice luxuriat toto crinalis harundo, / quam neque fas Zephyris frangi nec sole perustam / aestivo candore mori, sed vivida frondet / aequae complexa caput. Taurina levantur / cornua temporibus raucos sudantia rivos; / destillant per pectus aquae; frons hispida manat / imbribus; in liquidos fontes se barba repectit. / Palla graves umeros velat, quam neverat uxor / Ilia percurrens vitreas sub gurgite telas*” (‘Cuando llevaron en sus manos el cetro y adaptaron a su cuerpo las rígidas togas, el Padre supremo da una señal con las nubes hendidas y los cielos sacudidos, haciendo rodar por el vacío un agradable destello, tronaron presagios favorables. Escuchó el Tíber el ruido en su tortuosa cueva, sentado en su profundo valle. Se mantuvo quieto, con los oídos aguzados, preguntándose de dónde venía aquel repentino estrépito celestial. Al instante deja su lecho de hierbas que se marchitan y el aposento de musgo y confía a las ninfas la urna que le pertenece. Brillan en su erizado rostro los glaucos ojos, salpicados de azuladas manchas que recuerdan a su padre, el Océano. Un collar de rizado césped cubre su cuello. Por toda la cabeza luce frondosa una corona de juncos, que ni a los Zéfiros les es posible quebrar, ni puede agostarse abrasada por los calores del sol veraniego, sino que vívida de fronda ciñe su cabeza. De sus sienes surgen dos cuernos de toro de los que se vierten roncros arroyos; gotea el agua a través de su pecho; su hispida frente mana de lluvias; su barba se peina con manantiales que fluyen a través de la misma. Cubre sus pesados hombros el manto que hilara su esposa Ilia, tejiendo las cristalinas telas bajo la corriente’). Leo de la versión de Miguel Castillo Bejarano, aunque introduzco algunos cambios leves en la traducción: *Poemas*, Madrid, Gredos, 1993, t. I, pp. 132-134.

al trono pontificio del cardenal Alessandro de' Medici, asumiendo el nombre de León XI⁵⁴. Al igual que hemos observado en el texto de Gabriel del Corral, de las treinta estancias que integran el *Panegírico al Papa León XI*, buena parte de las mismas se configuran como una *sermocinatio* del dios Tíber (octavas VI-XXIII). Como era esperable, el hipotexto clásico modelado aquí por el *cavalier* viene a coincidir exactamente con el del ingenio pinciano, pues –tal como ha evidenciado Emilio Russo en la excelente edición moderna del poema– “l'apparizione del Tebro viene dal Marino costruita su memorie classiche: anzi tutto Virgilio (*Aen.* VIII, 31-65) ma anche Claudiano (*Panegyricus dictus Olybrio et Probino consulibus*, vv. 209-220)”⁵⁵. Por otro lado, no estará de más recordar cómo el profundo interés de Giovan Battista Marino por los variados modelos encomiásticos del vate alejandrino, considerado *inuentor* del género, iba a alcanzar su ápice en 1608 con la publicación del *Ritratto del Serenissimo don Carlo Emanuele. Panegirico*, donde el mosaico laudatorio se construye mayoritariamente sobre la combinación de teselas claudianas⁵⁶.

Si pasamos del ámbito de la tradición clásica y el entorno de la moderna poesía italiana al campo más cercano de los encomios españoles, conviene subrayar que el citado fragmento claudiano fue también objeto de una lograda imitación por parte de Góngora. En este caso, el racionero cordobés sometería la escena de la aparición de la deidad fluvial a un proceso de *minutio*, prescindiendo de numerosos elementos de valor descriptivo e introduciendo significativos cambios. La irrupción del *elemento maravilloso* se localiza entre las estancias XII y XIV del elogio del privado de Felipe III, aunque la escena del vaticinio no se pondrá en boca del dios río Betis, sino que la predicción la va a proferir una napea⁵⁷. Al igual que Corral, varios

⁵⁴ Sobre esta composición panegírica, es de obligada consulta el artículo de Emilio Russo, “Per *Il Tebro festante* del Marino”, *L'Elisse*, V (2010), pp. 121-143. El poema en elogio del Sumo Pontífice y de la Casa de los Médicis se conserva en un importante manuscrito de la Biblioteca Vaticana (Barb. Lat. 3978). En tal estadio de redacción contiene treinta octavas reales. Frente a la versión conservada por el códice, desde la *editio princeps* de 1608, las copias impresas se limitan a veintiocho estrofas. Para hacerse una idea sobre la circulación del elogio papal en volúmenes impresos, desde la edición príncipe se sucedieron hasta nueve ediciones en apenas dos décadas: 1608, 1610, 1614, 1615, 1616, 1616, 1619, 1624, 1628. El texto del *Tebro festante* puede leerse, magníficamente anotado, entre las pp. 128-143 del mencionado estudio.

⁵⁵ *Art. cit.*, p. 130, n. V.

⁵⁶ Tal práctica imitativa ha sido objeto de un excelente estudio de Marco Corradini, “Forme dell'intertestualità nel *Ritratto del Serenissimo don Carlo Emanuele*”, en Emilio Russo (ed.), *Marino e il Barocco. Da Napoli a Parigi*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 2009, pp. 57-100. Para una valoración global del conjunto de panegíricos en verso redactados por Giovan Battista Marino, remito a los capítulos III (“Da Roma a Ravenna. La produzione encomiastica”, pp. 69-86) y VI (“La corte francese e la Galleria”, pp. 149-196) de la espléndida monografía de Emilio Russo, *Marino*, Roma, Salerno Editrice, 2008.

⁵⁷ “Napea en tanto a descubrir comienza / bien peinado cabello, mal enjuto, / siendo al Betis un rayo de su trenza / lo que es al Tajo su mayor tributo; / salió al fin y hurtando con vergüenza / sus bellos miembros a silvano astuto, / que infamar le vio un álamo prolijo, / esto en sonantes nácares predijo: / - “Crece, oh de Lerma tú, oh tú de España/ bien nacido esplendor, firme coluna, / que al bien creces común, si no me engaña / el oráculo ya de tu

seguidores del estilo gongorino se valieron de la escena épica de la revelación oracular de una divinidad acuática en sus composiciones laudatorias de mayor vuelo, como el caballero don García de Salcedo Coronel, que introdujo una amplia profecía del Betis en el *Panegírico al duque de Alcalá*⁵⁸.

En el marco de la *sermocinatio* del dios Tíber se reserva un lugar de excepción para el encomio de la princesa Anna Colonna y dos de sus vástagos: la malograda primogénita Camilla (que murió en 1631, poco antes de cumplir dos años) y el neonato heredero de los Barberini-Colonna, Maffeo, nacido poco antes de que el poeta acometiera la redacción del panegírico, el 19 de agosto de ese mismo año. Así se refiere Corral a la noble dama y sus dos hijos, elogiados en las octavas XI-XII de su poema:

A tu esposa (en blasón de su ascendencia)
firmísimas columnas se aperciben,
a donde la Hermosura y la Prudencia,
con letras de oro el '*Non plus ultra*' escriben.
¡Oh cuánta y cuán gloriosa descendencia
te dará! Ya parece que reviven
aquellas felicísimas Colunas,
trágico asombro de otomanas lunas.

Segunda vez la asistirá Lucina
en oficio fecundo, en otro infante
a quien da la deidad de Palestrina
suerte a ninguna humana semejante.
Al Mundo le dará la luz divina
de su mártir Agápito⁵⁹ triunfante.
Ya en tierna frente tus grandezas leo:
tú el más hermoso, tú serás Mafeo.

La preceptiva oratoria en torno al *basilikòs lógos* contemplaba la posibilidad de reservar una parte del elogio a la consorte del *princeps* (“si la emperatriz gozara de la mayor dignidad y

fortuna; / Cloto el vital estambre de luz baña / al que Mercurio le previene cuna, / al santo rey que a tu consejo cano / los años deberá de Octaviano”. / Siguió a la voz (mas sin dejar rompido / a Juno el dulce transparente seno) / aplauso celestial, que fue al oído / trompa luciente, armonioso trueno. / A mayoral en esto promovido / su pastor sacro, el margen pisó ameno / en que de velas coronado el Betis / los primeros abrazos le da a Tetis”. Tomo la cita de la edición de las *Obras completas* (ed. A. Carreira), Madrid, Biblioteca Castro, 2000, vol. I, pp. 481-482 (introduzco leves cambios en la puntuación).

⁵⁸ Sobre este poema del famoso comentarista gongorino, son de obligada consulta las brillantes aportaciones de Flavia Gherardi: “*La fama que en ti advierto sucesiva*. Estética laudatoria en la órbita virreinal: el caso del *Panegírico al duque de Alcalá* de Salcedo Coronel”, en José Manuel Rico García y Pedro Ruiz Pérez (eds.), *El duque de Medina Sidonia. Mecenazgo y renovación estética*, Huelva, Universidad de Huelva, 2015, pp. 189-201; “*Que el sol no siempre las arenas dora*. El *Panegírico de Alcalá* y las ‘glorias dilatadas’ de Salcedo Coronel”, en *Las Artes del Elogio. Estudios sobre el Panegírico* (ed. Jesús Ponce Cárdenas), Valladolid, Universidad de Valladolid, 2017, pp. 211-224.

⁵⁹ Como oportunamente me hace notar Pedro Conde Parrado, creo que el nombre del santo debe acentuarse al modo italiano, como proparoxítono, ya que –más allá del ribete culto que asume- así queda reforzada la cadencia métrica del endecasílabo.

estima, dirás algo a propósito también en ese punto”) así como a la perpetuación de la dinastía gracias a la fecundidad del matrimonio (“parece acompañar en todo [...] a nuestro emperador la espléndida fortuna pues triunfa en cada empresa [y] se le ha concedido como don el nacimiento de hijos”)⁶⁰. A través de la figura de Anna Colonna, el poeta aprovecha la oportunidad de ensalzar el poder y la gloria militar de este antiguo linaje romano⁶¹. Así apela al recuerdo de su héroe más reciente, el abuelo paterno de la princesa de Palestrina, don Marco Antonio Colonna (1535-1584), príncipe de Paliano y general de los ejércitos pontificios, considerado uno de los principales artífices de la victoria de Lepanto. Profetizando las futuras glorias militares de los vástagos de la unión Barberini-Colonna, el dios río afirma ver nuevas victorias sobre la armada turca (vv. 86-88, “Ya parece que reviven / aquellas felicísimas Colunas, / trágico asombro de otomanas lunas”).

El elogio del niño Maffeo Barberini-Colonna se erige sobre la benéfica alianza de rasgos clásicos y cristianos, ya que al tierno infante le concederá innumerables dones la diosa Fortuna (cuyo templo más famoso en la Antigüedad se ubicaba precisamente en la antigua Preneste, es decir, en la moderna Palestrina) y le inspirará fe y ardor guerrero San Agapito, noble mártir de la *gens Anicia*, que fue decapitado bajo el imperio de Aureliano. Como bien sabía el poeta vallisoletano, en la Basílica Catedral de Palestrina se custodiaban los restos del santo, venerado como patrón de dicha localidad del Lacio. La *laudatio* del pequeñuelo incorpora, además, una pequeña tesela clásica, ya que como cierre de la duodécima estancia Corral engasta la evidente escritura, levemente amplificadas, de un pasaje de alta temperatura emotiva procedente de la *Eneida* (VI, 883): “*Tu Marcellus eris*” (“Tú serás Marcelo”) > “Tú el más hermoso, tú serás Maffeo”. Resulta curiosa la radical transformación que el fragmento virgiliano experimenta al incorporarse a este contexto panegírico, pues aquello que podía considerarse un vaticinio luctuoso en la modélica epopeya (la temprana e inesperada defunción del joven Marco Claudio Marcelo, heredero del principado, en tanto sobrino carnal de Augusto) se convierte en la octava de Gabriel del Corral en un feliz vaticinio. Parece lícito pensar que el enlace ingenioso

⁶⁰ *Tratados*, pp. 160-161.

⁶¹ Sobre la figura de la princesa de Palestrina, remito al capítulo primero (“Practicing Motherhood when the Definition of Family is Ambiguous. Anna Colonna and the Barberini Dynasty, 1627-1647”) del reciente trabajo de Caroline Castiglione, *Accounting for Affection. Motherhood, Families and Politics in Early Modern Rome*, London-New York, Palgrave-MacMillan, 2015. Para una cronología algo anterior, los vínculos de la familia Colonna con los círculos de poder hispanos y con el entorno literario castellano ha sido objeto de un magnífico estudio de Patricia Marín Cepeda: *Cervantes y la corte de Felipe II. Escritores en el entorno de Ascanio Colonna (1560-1608)*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2015.

entre ambos pasajes se basa en la similitud fónica de los dos antropónimos (la *annominatio* ‘Marcelo / Maffeo’).

Siguiendo una suerte de estructura circular, al igual que al inicio del poema (vv. 7-8 “¡Oh tú, del cielo el único cuidado, / a la corona, al cetro destinado!”), encontramos en la estancia XIII los dos símbolos del poder regio, destinados a perpetuarse en el linaje Barberini-Colonna:

Cuando el mundo los cielos soberanos
pueblen de Barberinos y Colonas,
cetros no faltarán a tantas manos,
ni a tantas sienes faltarán coronas.
Ocuparán los Césares Cristianos
cuanto espacio ciñeron cinco zonas
y el mundo, en fiel unión, sin rito extraño,
será todo un pastor, todo un rebaño.

Los estrechísimos lazos familiares de Taddeo Barberini con el Papa así como el renombre de la *virtus* militar de los Colonna posibilita la incorporación de otra predicción venturosa en este vaticinio del Tíber (vv. 97-104). Así en el remate sentencioso de la penúltima octava (“será todo un pastor, todo un rebaño”) no resulta difícil identificar la traducción de un pasaje bien conocido del Evangelio según San Juan (10, 16): “*Fiet unum ovile et unus pastor*”⁶². De hecho entre los poetas españoles, ya habían evocado el mismo fragmento neo-testamentario figuras tan diversas como Hernando de Acuña, Cristóbal de Mesa o el propio Góngora⁶³.

No podemos cerrar el comentario del *Panegírico a Taddeo Barberini* sin haber anotado brevemente la importancia que asume en sus endecasílabos el magisterio del estilo gongorino. Incluso en una lectura superficial, cualquier lector atento podía percibir cómo los rasgos de la escuela culta barroca afloran por doquier en las octavas laudatorias. En primer lugar,

⁶² «*Et alias oves habeo, quae non sunt ex hoc ovili: et illas oportet me adducere, et vocem meam audient, et fiet unum ovile et unus pastor*». *Biblia Vulgata*, p. 1053.

⁶³ A ese respecto, tampoco debe olvidarse que el vaticinio evangélico ya fue engastado en un *tricolon* como cierre del soneto de Acuña consagrado a Carlos V: “*un monarca, un imperio y una espada*” (Gregorio Torres Nebrera publica el soneto *Al rey nuestro señor* con un amplio comentario en su *Antología Lírica Renacentista*, I, pp. 191-194). Desde el Quinientos, podría acaso postularse la existencia de una tradición hispana del elogio en torno al uso de dicha aseveración profética, ya que en un soneto laudatorio encaminado al conde de Niebla (su *incipit* reza “Ya, claro conde, el gran padre Oceano”), Cristóbal de Mesa empleaba -hacia 1602-1603- otra reescritura del mismo pasaje bíblico: “La alta esperanza, el sacro vaticinio / que en el húmido reino dio Proteo/ y en trípodes y oráculos Apolo, / dan a España por ti mayor dominio / que el de Roma antiguo Coliseo: / sólo un rey, sólo un cetro, un pastor solo” (*Valle de Lágrimas y Diversas Rimas*, Madrid, Juan de la Cuesta, 1607, f. 105v-106r. Manejo el ejemplar B.N.M. R-7831). Por otra parte, en un célebre soneto gongorino -dedicado al cardenal infante y datado en 1620- podemos leer: “Purpúreo creced, rayo luciente / del Sol de las Españas, que en dorado / ya trono el Tíber os verá sagrado / leyes dar algún día a su corriente. / De coronas entonces vos la frente, / vuestro padre de orbes coronado, / deba el mundo un redil, deba un cayado, / a vuestras llaves, a su espada ardiente” (*Sonetos* (ed. Biruté Cipliauskaitė), Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1981, p. 193).

probablemente deba atribuirse al influjo del autor del *Polifemo* el inequívoco gusto de Corral por los cierres bimembres de estrofa: “a la corona, al cetro destinado” (v. 8), “con hombro fiel, prefecto la presides” (v. 16), “deidad duda y fatídico pregunta” (v. 56), “trágico asombro de otomanas lunas” (v. 88), “tú el más hermoso, tú serás Mafeo” (v. 96), “será todo un pastor, todo un rebaño” (v. 104). Quizá sea lícito sospechar que el doble modelo del epilio mitológico y del panegírico al privado de Felipe III resultó trascendental en este detalle en particular.

Por otro lado, estimamos igualmente dignos de nota ciertos usos del hipébaton, con muestras de raigambre gongorina tan características como “Los que tu ausencia a Roma costó enojos” (< ‘los enojos que tu ausencia costó a Roma’, v. 49) o “El Tíber anciano sobre rizos rojos / ambicioso tu rostro ver porfía” (< ‘El anciano Tíber porfía ambicioso [por] ver tu rostro sobre rizos rojos’, vv. 53-54). Además de en esas volutas sintácticas, la huella de los grandes poemas del racionero se evidencian asimismo en el recurso al plano mitológico, que identificamos a través de figuras del tenor del oxímoron (“Jove sin rayos” v. 60) o la perífrasis (“Santo Atlante”, “firme Alcides”, v. 15; “la deidad de Palestrina” v. 91). Desde el mero plano léxico podría igualmente llamarse la atención sobre la presencia de algunos latinismos: *pompa* (‘procesión suntuosa’, ‘cortejo solemne’), *incluye* (‘encierra’), *quieta* (‘sosegada’, ‘pacífica’)... En suma, si la *inuentio* y la *dispositio* del *Panegírico a Taddeo Barberini* se configuran sobre los parámetros oratorios del *basilikòs lógos*, es lícito igualmente afirmar que la *elocutio* se moldea según las formas gongorinas.

5. De poética y política

Pese a ser acaso el más breve de los panegíricos del Barroco hispano, el elogio de Taddeo Barberini no carece de cierta enjundia desde el plano histórico y cultural. A lo largo de las páginas precedentes hemos tenido ocasión de apreciar cómo en el texto se actualizan ejemplarmente diversos consejos de la preceptiva del discurso imperial, modulada ahora sobre estilemas gongorinos. Por consiguiente, podría sostenerse con algún fundamento que, desde la ladera literaria, este poema encomiástico no presenta ningún escollo interpretativo. Ahora bien, llegado el momento de esbozar unas breves conclusiones, quizá deba subrayarse el hecho de que en tales octavas se produjo una sutil convergencia entre poética y política.

La redacción de un panegírico castellano en honor del sobrino del Sumo Pontífice en 1631 parecería responder a una intencionalidad clara: congraciarse con la Casa Barberini, tradicionalmente inclinada a favorecer las ambiciones expansionistas de Francia en

detrimento de los intereses de la corona española en Italia⁶⁴. Como es notorio, el poema se concibió en un entorno bien propicio a ese tipo de maniobras: la embajada del rey católico ante la Santa Sede. Por ello, recurriendo al léxico forense, acaso no sea descabellado sospechar que si bien el presbítero Gabriel del Corral fue el autor material de la composición laudatoria, cabría atribuir al conde de Monterrey –al menos parcialmente– la autoría intelectual (o económica) del elogio. No parece plausible que el capellán y limosnero de la embajada española hubiera decidido por mero impulso personal acometer la redacción de un texto de cierto calado político, sin contar previamente con la aprobación o el impulso de su poderoso patrón⁶⁵. De hecho, aunque no se ha exhumado todavía ningún documento que lo pruebe, se antoja más probable que el coste de la impresión del opúsculo recayera en los gastos de la cancillería o directamente en los fondos de la casa del prócer, dados los magros emolumentos del clérigo poeta.

El pequeño caudal de datos documentales así como el importante testimonio de diversos paratextos y obras, tanto impresas como manuscritas, acreditan la destacable trayectoria de Gabriel del Corral como ocasional poeta neolatino, como intelectual formado como jurisperito e interesado por diversos aspectos de la literatura clásica, en suma, como un escritor áulico perfectamente integrado durante varias décadas en la órbita cultural de varios

⁶⁴ De manera brillante resumía esta compleja cuestión José Luis Colomer, matizando tales relaciones con el ejemplo concreto de la figura del cardenal Francesco: “In passato nunzio a Parigi, giunto al soglio pontificio con i voti del partito francese, il papa poeta non aveva dissimulato le sue simpatie al momento di mediare tra le due potenze cattoliche. Ancor meno i suoi nipoti cardinali: Antonio era stato chiaramente a capo della fazione francofila del collegio cardinalizio e protettore ufficiale della corona francese a partire dal 1637, mentre Francesco non esercitò mai con soddisfazione di Filippo IV i suoi titoli di protettore di Aragona e Portogallo, e confermò le preferenze già dimostrate nell’attirare artisti e letterati francesi alla sua corte quando nel 1646 fuggì da Roma a Parigi con i suoi fratelli, scappando dalla persecuzione di Innocenzo X contro la sua famiglia. Non finirono allora, nonostante ciò, le relazioni dei Barberini con la Spagna, nè è possibile ridurre la loro storia a una pura inimicizia, come succede forse con troppa frequenza nei dizionari biografici e, in generale, negli studi sul Seicento romano. Come vedremo in seguito, gli sforzi tenaci del cardinal Francesco per riconciliarsi con Filippo IV trovarono soddisfazione durante gli ultimi anni del suo regno, tra il 1659 e il 1665”. Véase el importante artículo “Arte per la riconciliazione: Francesco Barberini e la corte di Filippo IV”, en Lorenza Mochi Onori, Sebastian Schütze y Francesco Solinas (eds.), *I Barberini e la cultura europea del Seicento*, Roma, De Luca Editori D’Arte, 2007, pp. 95-110 (la cita en p. 95).

⁶⁵ Con suma gentileza, en torno a la cronología exacta del *Panegírico a Taddeo Barberini*, Ángel Rivas Albaladejo me hace notar que el conde de Monterrey “salió de Roma para Nápoles en abril de 1631. El día 17 de abril ya estaba en la capital partenopea y el 14 de mayo entró oficialmente en la ciudad”. Dado que Francesco Maria della Rovere falleció el 28 de abril y tal óbito dejó vacante el cargo de Prefecto de la Ciudad de Roma, habría que suponer que Monterrey impulsó la redacción del encomio al sobrino del Papa ya desde su nuevo destino napolitano. El texto debió de redactarse seguramente tras los festejos de la toma de posesión (primera semana de agosto de 1631). Por motivos que hoy desconocemos, Gabriel del Corral permaneció algo más de tiempo en la sede romana de la embajada, cuyo funcionamiento en el *interim* había quedado bajo supervisión del cardenal Borja hasta la llegada del nuevo embajador oficial. Posteriormente el escritor vallisoletano también se desplazaría a la capital de Campania, para desempeñar las funciones de capellán del conde de Monterrey.

centros de poder de la Europa barroca (Madrid, Roma, Nápoles). Sin duda, desde el contexto de la poesía de elogio vinculada al entorno de las embajadas, el *Panegírico a Taddeo Barberini* de Gabriel del Corral constituye un magnífico ejemplo de la confluencia de los caminos de la Historia, la Poesía y la Oratoria en la Europa del siglo XVII.

Panegírico a Taddeo Barberini

(Roma, Luis Grignani, 1631)

I

Conozco humilde, oh príncipe triunfante,
que no caben tus glorias en mi acento,
pues lo rayos recelo en tu semblante
si al honor me persuado del intento,
ni del premio (aunque grande, no bastante) 5
se aprecia tu mayor merecimiento.
¡Oh, tú, del cielo el único cuidado,
a la corona, al cetro destinado!

II

A Roma (aunque ella misma lo confiesa,
pues que te llama su mayor tesoro), 10
a Roma diré yo cuánto interesa
en la pompa que ofrece a tu decoro.
Hoy no solo su antigua gloria cesa,
mas por ti goza nuevos siglos de oro,
cuando del Santo Atlante firme Alcides, 15
con hombro fiel, Prefecto la presides.

III

En aplauso triunfal mira crecidas
las pompas de sus Césares pasados,
que en tus glorias, Tadeo, esclarecidas
no sé si están vencidos o cifrados. 20
Las virtudes que en todos repartidas
del Mundo los hicieron venerados
unidas, culto, adoración merecen,
ansí en ti más heroicas resplandecen.

IV

Cuando des ley al pueblo, gobernado 25
afablemente por prudencia tanta,
al sabio Numa excederás, dictado
de más que la de Egeria Deidad santa.
Como otro Julio, de tu brazo armado
apelarán los hombres a tu planta 30
y en un yugo, sin que haya quien lo estorbe,
las cuatro frentes atarás del orbe.

V

A Trajano ventajas infinito
ya en la sinceridad, ya en la justicia.
La alma ciudad, con más razón que a Tito, 35
te llama de los hombres la delicia.
Cuanto ejemplar la antigua Historia ha escrito
en orden a la paz o a la milicia,
todo no solo en ti representa,
mas en exceso pródigo se aumenta. 40

VI

Parecen tus virtudes generosas
(tan desusadas son e inaccesibles)
en su misma presencia más dudosas,
y en su notoriedad más imposibles. 45
Si en tus dorados años tan hermosas
flores ostentas, frescas y apacibles,
¿qué frutos de tan fértil primavera
el caño otoño de tu edad espera?

VII

Los que tu ausencia a Roma costó enojos
bien recompensa tan solemne día, 50
cuando, en traje de llanto, por los ojos
festiva se derrama la alegría.
El Tibre Anciano sobre rizos rojos
ambicioso tu rostro ver porfia
y de sus ninfas a la hermosa junta 55
deidad duda y fatídico pregunta:

VIII

- “¿Quién es aquel, que majestad incluye
el semblante real? Este que agora
a los fastos feliz me restituye,
Jove sin rayos a quien Roma adora, 60
que con toga pacífica construye
sus ruinas y tanto las mejora
que de últimas reliquias renacida,
a sus pérdidas vive agradecida.

IX

Frecuente escucho el nombre de Tadeo en el común aplauso. Dudo en vano, pues en vestigios juveniles leo señas en él de mi divino Urbano.	65
¡Oh, purpúrea deidad! De tu trofeo quiero añadirme al séquito lozano.	70
Mas oye, en tanto, oh joven fortunado, lo que me inspira mi furor sagrado.	

X

Mayor serás, que el Hado se infamara en tus heroicos méritos de escaso, si este (aunque tan glorioso) señalara de tu felicidad último paso.	75
Darate la Fortuna (ya no avara) que rijas del Oriente y del Ocaso los términos y en quieta monarquía que por siglos tu imperio mida el día.	80

XI

A tu esposa (en blasón de su ascendencia) firmísimas columnas se aperciben, a donde la Hermosura y la Prudencia, con letras de oro el ' <i>Non plus ultra</i> ' escriben.	85
¡Oh cuánta y cuán gloriosa descendencia te dará! Ya parece que reviven aquellas felicísimas Columnas, trágico asombro de otomanas lunas.	

XII

Segunda vez la asistirá Lucina en oficio fecundo, en otro infante a quien da la deidad de Palestrina suerte a ninguna humana semejante.	90
Al Mundo le dará la luz divina de su mártir Agápito triunfante.	
Ya en tierna frente tus grandezas leo: tú el más hermoso, tú serás Mafeo.	95

XIII

Cuando el mundo los cielos soberanos
pueblen de Barberinos y Colonas
cetros no faltarán a tantas manos,
ni a tantas sienes faltarán coronas. 100
Ocuparán los Césares cristianos
cuanto espacio ciñeron cinco Zonas
y el Mundo, en fiel unión, sin rito extraño,
será todo un pastor, todo un rebaño”.

XIV

Dijo y en una pía, matizada 105
de negros rasgos, deja sus riberas,
verde silla de aljófar recamada,
plata el freno y coral las estriberas.
No el garbo se rindió a la edad pesada,
que gallardo se mezcla a la hileras 110
y en señal, ya de amor, ya de obediencia
hizo al nuevo Prefecto reverencia.

APÉNDICE: LOS SONETOS DE GABRIEL DE CORRAL EN ELOGIO DE LA CASA BARBERINI

Tal como se ha comentado en la introducción de este pequeño volumen, a comienzos de enero de 1629, en calidad de capellán y limosnero del conde de Monterrey, embajador de España ante la Santa Sede, el poeta y jurista Gabriel de Corral (Valladolid, 1588-Toro, 1646) establecía su residencia en la ciudad eterna. En la escritura de este ingenio cortesano se abría entonces una etapa marcada por la composición de un conjunto de poemas encomiásticos en honor de su mecenas, don Manuel de Zúñiga y Acevedo, así como por la redacción de diversos textos laudatorios en loor del pontífice Urbano VIII y varios miembros de su familia. Tras haber dado cuenta del elogio más ambicioso impreso en Roma por este autor pinciano en las páginas precedentes, se examinará en este pequeño apéndice el singular políptico integrado por cuatro sonetos de alabanza dedicados, respectivamente, a Antonio Marcello Barberini, cardenal de San Onofre, hermano menor de Urbano VIII; a los sobrinos-nepotes del pontífice, los cardenales Francesco Barberini y Antonio Barberini el Joven, cardenal legado para la Paz de Piamonte; al pequeño Maffeo Barberini, hijo del príncipe de Palestrina, sobrino nieto del papa⁶⁶.

1. «Aquel humilde múrice divino»: un cardenal capuchino en la Roma barberiniana

La carrera eclesiástica de Antonio Marcello Barberini (Florencia, 1569-Roma, 1646) comenzó en 1591, con el ingreso del joven en la orden de los Frailes Menores Capuchinos. En calidad de Guardián del convento de San Gimignano, el eclesiástico llevó durante años una vida monástica de retiro y oración. El ascenso de su hermano mayor, el cardenal Maffeo Barberini, al trono pontificio supuso un giro radical en su existencia. Tras la consagración del nuevo papa el 29 de septiembre de 1623 bajo el nombre de Urbano VIII, comenzaron a llover los cargos y honores sobre toda su parentela. Pese a la aparente reluctancia inicial de este miembro de una orden mendicante, Antonio Barberini recibió el capelo cardenalicio el 7 de octubre de 1624, con el título de Cardenal de San Onofre. En 1625 fue nombrado obispo de Senigallia y se instaló en su diócesis durante varios años, desarrollando una intensa actividad pastoral. A instancias del Papa, en 1629 hubo de regresar

⁶⁶ Existe una edición moderna de los poemas, desprovista de comentarios y aclaraciones: Gabriel de Corral, *Obras*, edición de John V. Falconieri, Valladolid, Diputación de Valladolid, 1982, p. 440-442. La transcripción revisada de los textos en este estudio procede de esta edición.

a la corte pontificia, donde obtuvo los cargos de Prefecto de la Penitenciaría, Cardenal provicario y Cardenal bibliotecario⁶⁷.

Al igual que el resto de composiciones que forman la curiosa guirnalda encomiástica en honor de la Casa Barberini tejida por Gabriel de Corral durante su *soggiorno romano*, el elogio del cardenal de San Onofre debió de redactarse entre los inicios de 1629 y la primavera de 1632, toda vez que el códice en el que se copian los versos llevan como fecha final el 12 de mayo de ese último año. El soneto que ahora nos interesa aparecía encabezado por la escueta rúbrica *Al excelentísimo señor Antonio Barberino, cardenal de San Onofre*:

Este que gozas eminente grado
premio es de tu virtud, no del destino,
pues sin mudar costumbres, tan vecino
a la cumbre mayor, mudaste estado.

Al sayal penitente, no alterado
con el que le rubrica esplendor fino
aquel humilde múrice divino,
Francisco con su sangre ha colorado.

No es tu aumento, oh Antonio, la rosada
toga, pues que conservas gloriosa
tu profesión en vida retirada.

Antes la das que sea más preciosa,
que si hasta ahora solo fue sagrada,
hoy es en ti sagrada y religiosa.

El epigrama en elogio del hermano del pontífice incorpora varios conceptos de interés. En primer término, el encomiasta subraya que la obtención del capelo cardenalicio no se debe a un risueño azar, a un golpe de fortuna, sino que se trata de una justa recompensa a su «virtud». La tacha de favoritismo y arbitrariedad queda así descartada sutilmente. En el primer cuarteto se pondera asimismo la figura del *laudandus* casi bajo el perfil de un varón estoico, ya que a pesar de haber alcanzado un alto cargo, su ánimo se ha mantenido puro e incólume, sin mostrar señales de cambio alguno («sin mudar costumbres [...] mudaste estado»). La suma proximidad al Pontífice y los estrechos vínculos de familia se acotan mediante el giro metafórico «tan vecino a la cumbre mayor».

Las dos estrofas centrales pasan del plano político-moral al plano religioso-espiritual, incidiendo en la condición doble de este personaje, en tanto príncipe de la iglesia y miembro de la

⁶⁷ *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma, Istituto dell'Enciclopedia italiana, 1964, vol. VI, *sub voce* «Barberini, Antonio».

Orden de San Francisco, concretamente de la congregación de los frailes menores ermitaños. El contraste de ambos perfiles se hace evidente en la indumentaria característica: el «sayal penitente» no llega a perder su naturaleza modesta, gracias a la constancia de espíritu de Antonio Barberini. El «esplendor fino» de la púrpura cardenalicia que ahora «rubrica» su vestimenta no llega a alterar cuál es su verdadera condición: miembro de una orden mendicante. De hecho, la confluencia de ambas prendas en la persona modesta y virtuosa del cardenal de San Onofre se sanciona con una referencia cuasi-milagrosa: el soberbio tinte de las suntuosas telas no es ya el que proviene del caro y lujoso *múrex*, sino que los hábitos que luce el prelado han sido teñidos con la propia «sangre» de San Francisco de Asís, fundador preclaro de la Orden. A partir del apóstrofe al varón religioso elogiado («oh, Antonio») se enfatiza el carácter modesto y la tendencia eremítica del hermano del Papa, ya que puede enorgullecerse de que «la rosada toga» no constituye su mayor ornamento, sino que a pesar de las pompas de la corte romana logra mantener su «gloriosa» y morigerada «profesión» llevando una «vida retirada».

El terceto final cierra la argumentación con una vuelta de ingenio: el prócer no es digno de elogio por lucir la «sagrada» púrpura cardenalicia, al contrario, él mismo ha hecho la dignidad de cardenal aún más honorable, ya que se reviste gracias a su existencia modesta y pura de la verdadera esencia de la vida «religiosa».

El epigrama de Gabriel de Corral presenta, desde el plano estilístico, varios rasgos que dejan patente su conexión con el estilo culto acuñado por Góngora. Desde el hipérbaton inicial presidido por un deíctico de cercanía («Este grado eminente que gozas es premio de tu virtud, no del destino» / «Este que gozas eminente grado / premio es de tu virtud, no del destino») hasta las diversas marcas léxicas que remiten al mundo clásico. La evocación del intenso tono carmesí de las prendas cardenalicias incorpora dos voces («rubrica» / «múrice») de inequívoco sabor latino. No en vano el uso de ambos vocablos fue ridiculizado por Quevedo en una de sus más famosas parodias anticultistas, dedicada a la sensual boca de una bella: «Pórtico donde *rubrica* / al *múrice* tirio el ver / tutelar padrón del alma / aura genitiva en él»⁶⁸.

⁶⁸ Francisco de Quevedo, *Obras festivas*, edición de Pablo Jauralde, Madrid, Castalia, 1984, p. 128. El poema forma parte del *Libro de todas las cosas (Aguja de navegar cultos)* y lleva como encabezamiento el siguiente epígrafe jocosos: *Ejemplo hermafrodita romance-latín*. Los versos reproducidos corresponden al final de la composición (vv. 9-12).

2. El sol y la fuente: la privanza del cardenal Francesco Barberini

Frente al perfil en penumbra, algo secundario, del cardenal de San Onofre, la figura de Francesco Barberini (Florencia, 1597-Roma, 1679) resultó mucho más decisiva y notoria, tanto en el ámbito de la diplomacia como en el de la curia, durante las dos décadas largas que conforman el pontificado de Urbano VIII (1623-1644). Como es bien sabido, el problema de la Valtelina motivaría la decisión papal de enviar a su sobrino favorito a las cortes de París y Madrid como Cardenal Legado, con el objetivo de alcanzar una solución que pudiera satisfacer los intereses de Luis XIII y Felipe IV en la región⁶⁹. La estancia del *legado a latere* en la corte parisina durante 1625, en el plano político, se reveló por completo infructuosa⁷⁰. Tampoco puede considerarse un éxito de la diplomacia pontificia el viaje del cardenal nepote a España⁷¹.

Como es bien sabido, el diario del viaje del cardenal a Madrid en 1626 fue redactado por el erudito coleccionista Cassiano dal Pozzo y entre las numerosas noticias que allí se recogen, se habla de varias reuniones entre el cardenal Barberini y el conde y la condesa de Monterrey⁷². Si Gabriel de Corral había empezado ya a gravitar en torno al patronazgo de don Manuel de Zúñiga y Acevedo en torno a esas fechas, quizá podría haberse producido un primer encuentro entre el potente príncipe de la Iglesia y el jurista, poeta y eclesiástico vallisoletano ya en la corte madrileña.

No se ha de olvidar que el interés del prelado por la bulliciosa vida artística y cultural en el aula regia se infiere de los datos recogidos en su propia «agenda oficial», donde se consignó puntualmente su contacto con pintores como Juan Van der Hamen y León o Diego de Silva y

⁶⁹ Así resumía Thomas J. Dandeleit la cuestión: «Las consecuencias [del] cambio de favor papal en la estabilidad de los territorios italianos de la monarquía española y del papado se evidenciaron al inicio del pontificado de Urbano VIII, cuando las tropas francesas, con la ayuda de Venecia, se dirigieron al norte de Italia y ocuparon la región de la Valtelina que estaban bajo protección de las tropas papales según las condiciones del recién firmado tratado entre España y Francia. Esta acción constituía una seria amenaza para la estabilidad de Italia, y durante dos años parecía inminente que estallara una guerra a gran escala entre Francia y España en Italia, la primera después de setenta años [...]. En un principio, los españoles insistieron en que el papa se aliara con ellos para expulsar a los franceses de Italia y, cuando este se mostró reacio a hacerlo, empezaron a sospechar de su complicidad en el asunto [...]. Aunque la pacífica resolución final de la crisis de la Valtelina con el Tratado de Monzón en 1626 acabó con la amenaza inmediata de la guerra, Francia se había convertido una vez más, sin embargo, en una figura principal en los asuntos de Italia y de la misma Roma». Tomo la cita de Thomas J. Dandeleit, *La Roma española (1500-1700)*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 231-232.

⁷⁰ Clement Pieyre, *La légation du cardinal Francesco Barberini en France en 1625*, Paris, Université Paris-Sorbonne, 2005 (tesis doctoral defendida en l'École des Chartes).

⁷¹ Sobre los gastos generados a la Corona, así como acerca del personal que se puso al servicio del legado del Papa, puede verse el estudio de María del Carmen Simón Palmer, «Nuevos datos sobre el hospedaje del cardenal legado Francisco Barberini en Madrid el año 1626», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 21, 1984, p. 411-434.

⁷² Cassiano dal Pozzo, *Diario del viaje a España del cardenal Francisco Barberini*, Madrid, Fundación Carolina/Doce Calles, 2004. Una reflexión sobre los contactos del legado con los principales agentes políticos en la corte ofrece José Simón Díaz, «Dos privados frente a frente: el cardenal Francesco Barberini y el conde duque de Olivares (Madrid, 1626)», *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*, 7-8, 1980, p. 7-53 (sobre el conde y la condesa de Monterrey, p. 15, p. 20 y p. 38).

Velázquez⁷³. El *Diario del viaje* da igualmente buena cuenta de la atención que dedicó a los sermones del predicador cultista fray Hortensio Félix Paravicino y Arteaga; del contacto con humanistas de la talla de Juan Luis de la Cerda y Lorenzo Ramírez de Prado; de las visitas a aristocráticos poetas como el príncipe de Esquilache, etc. Todos esos elementos dan noticia de una relación directa con los círculos intelectuales de la corte⁷⁴. En un orden de asuntos similar, otro dato de interés es el que proporciona la asistencia del cardenal y sus consejeros a diversas representaciones teatrales⁷⁵. Sin salir del ámbito de las tablas, mención aparte merecen los favores dispensados por el sobrino del papa a Lope de Vega, que consiguió varias gracias pontificias merced a la intercesión del cardenal legado: la obtención del hábito de caballero de la orden de San Juan de Jerusalén y la concesión del título de doctor en teología⁷⁶.

El epígrafe que encabeza los versos reza simplemente *Al Excelentísimo y Reverendísimo señor cardenal don Francisco Barberino*:

Primero que la toga vaticana
tus virtudes te dieron eminencia
y a los años previno la prudencia,
excediendo los límites de humana.

Tan inmediato a la deidad urbana
que de su luz te ilustra la asistencia,
participando en alta inteligencia
del calor de su mente soberana.

Como el sol en el cielo está intratable
y cuando en mansa fuente reverbera
se ofrece a nuestros ojos tolerable,

⁷³ Silvano Giordano, «La legación de Francesco Barberini en España: unos retratos para el cardenal y un breve pontificio para Diego Velázquez, *clerico coniugato*», *Archivo Español de Arte*, 306, 2004, p. 159-170. Para la relación con otros medios artísticos, puede verse asimismo José Manuel Barbeito, «Juan Gómez de Mora, Antonio Mancelli y Cassiano dal Pozzo», *Archivo Español de Arte*, LXXXVI, Abril-Junio 2013, p. 107-122.

⁷⁴ José Simón Díaz, «La estancia del cardenal legado Francesco Barberini en Madrid el año 1626», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 17, 1980, p. 159-213. De especial interés resulta la sección titulada «Contactos con escritores y artistas», p. 207-211.

⁷⁵ En torno a aquellas diversiones teatrales, pueden espigarse varios datos en Maria Grazia Profeti, «Espectáculos españoles en el *Diario* de Cassiano dal Pozzo», *Salina*, 15, 2001, p. 85-92.

⁷⁶ José Simón Díaz, «Encuentros del cardenal legado Francesco Barberini con Lope de Vega y con el príncipe de Esquilache (Madrid, 1626)», *Homenaje de la Academia de San Dámaso a Monseñor Vicente Enrique y Tarancón*, Madrid, Academia de Arte e Historia de San Dámaso-Archidiócesis de Madrid-Alcalá, 1980, p. 289-316. No estará de más recordar el comienzo de los encendidos elogios que el Fénix tributara al pontífice poeta en el *Laurel de Apolo* (*Silva primera*, vv. 303-314): «Saliera el Tibre undoso y cristalino / que vio Virgilio y Enio / y tantos fertilísimos ingenios / por quien son sus riberas inmortales / y coronara por mejor latino / sobre los tres laureles celestiales / las sacras sienas del Pastor divino, / lustre inmortal del nombre Barberino, / sagrado archimandrita / en cuya santa mano deposita / Pedro el cayado de oro / y la llave mayor de su tesoro». Sobre las prebendas concedidas al dramaturgo, más adelante proclamará con legítimo orgullo (*Silva primera*, vv. 358-362): «Por ti, Sacro Pastor, por ti poseo / el honor que los ojos de la Envidia / deslumbrados fastidia, / porque ser de tu mano / no le puede igualar mérito humano». Tomo las citas de Lope de Vega, *Laurel de Apolo*, edición de Antonio Carreño, Madrid, Cátedra, 2007, p. 155 y p. 158.

así copiado Urbano en la sincera
pureza de tu vida es más afable
que en el sagrado trono de su esfera.

Al igual que el epigrama consagrado al cardenal de San Onofre, el *incipit* de la composición gira en torno a una idea central: la condición preclara del *laudandus* se debe, esencialmente, a su *virtus*, no a la posesión de la púrpura cardenalicia, designada aquí mediante la perífrasis de sabor clásico «la toga vaticana»⁷⁷.

Tras apuntalar los méritos personales del joven príncipe de la Iglesia, en el cuarteto inicial se desarrolla asimismo el tópico laudatorio del *puer senex*: a pesar de sus no muchos años, el cardenal Francisco es un varón pródigo e inteligente, cuya «prudencia» supera los límites de lo humano. El lugar común pertenece al acerbo de la tradición clásica, como pueden probar el texto de los *Florida* de Apuleyo (IX, 38 «*senilis in iuvene prudentia*»⁷⁸) o el *Panegírico a Olibrio y Probino* de Claudiano (154-155 «*sed gravibus curis animum sortita senilem / ignea longaevo frenatur corde iuventus*»)⁷⁹. Tal como indicara Ernst R. Curtius, según las pautas de la *imitatio* y la *aemulatio*, «el tópico *puer senex*» habría de perdurar «como esquema panegírico en obras profanas y religiosas hasta bien entrado el siglo XVII»⁸⁰. De hecho, en tanto profundo admirador del estilo culto, Gabriel de Corral debía de tener bien presentes ejemplos mucho más cercanos en el tiempo, como el que ofrece Góngora en su elogio al conde de Lemos: «Florido en años, en prudencia cano»⁸¹. Otros autores de signo cultista, como García de Salcedo Coronel, emplearían igualmente el *tópos* en textos laudatorios de estilo

⁷⁷ Desde el solemne arranque del dístico inicial, quizá no deba descartarse en el uso de la voz «eminencia» el matiz propio de una dilogía ingeniosa. En primer término, reconoceríamos el siguiente significado directo: «las virtudes que te adornan te hicieron sobresalir por encima del resto» / «tus virtudes personales te situaron en una posición más alta que la de los demás». Ahora bien, no puede ser casual que el vocablo «eminencia» sea, precisamente, el honroso «tratamiento que se da a los cardenales de la Iglesia católica» (R.A.E.). Ello implicaría, como en el epigrama anterior, una suerte de justificación lógica: fueron tus inmensas virtudes las que te hicieron obtener la púrpura cardenalicia, no el favor personal de tu poderoso tío.

⁷⁸ El fragmento apuleyano forma parte del *Panegírico del procónsul Severiano y de su hijo Honorino*. Establece en tal pasaje el encomio de la virtud del joven, que refleja la de su progenitor: «Veíamos en el hijo la equidad de su padre; *en el joven, la prudencia de un anciano*». Tomo la cita de Apuleyo, *Apología. Florida*, edición de Santiago Segura Munguía, Madrid, Gredos, 1980, p. 246.

⁷⁹ Claudien, *Poèmes politiques*, edición de Jean-Louis Charlet, Paris, Les Belles Lettres, 2002, p. 15-16. Ofrezco seguidamente mi traducción: «Mas les ha sido concedido en suerte un alma de anciano para las graves preocupaciones. Su fogosa juventud es refrenada por un corazón longevo».

⁸⁰ Ernst Robert Curtius, «El niño y el anciano», *Literatura europea y Edad Media latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, I, p. 149-153 (la cita en p. 151).

⁸¹ Luis de Góngora, *Sonetos*, edición Biruté Ciplijauskaitė, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1981, p. 186.

elevado, como el *Retrato Panegírico al conde duque de Olivares* («En floreciente edad cana prudencia / admiro en ti»)⁸².

A través de una serie de imágenes indirectas («luz», «calor»), en el segundo cuarteto se identifica la figura del Sumo Pontífice con el astro rey. A la manera de un sol, de aquella «deidad urbana» emana toda «luz», cuyo resplandor «ilustra» a quienes tienen el privilegio de hallarse junto a él. Toda vez que el cardenal nepote Francisco goza de la entera confianza del papa, obrando como una suerte de privado en el orbe vaticano, los rasgos de cercanía física y acceso a la persona del Santo Padre («tan inmediato») y el conocimiento de sus planes y designios más secretos («participando en alta inteligencia [...] de su mente soberana») lo convierten en el hombre fuerte de los Barberini ante la curia.

La figuración heliomórfica de Urbano VIII prosigue en los tercetos a través de un símil complejo («Como el sol [...] así Urbano»), en el que el cardenal Francisco Barberini se identifica con una «mansa fuente» en la que reverberan los rayos solares y cuyas cristalinas aguas hacen posible contemplar al astro rey sin daño⁸³. No deja de resultar llamativo, en el ámbito de unos poemas surgidos en una sede diplomática, el uso de determinados calificativos. A través de la comparación extendida, en el epigrama vernáculo se afirma que el Pontífice «en el cielo» o «en el sagrado trono de su esfera» resultaría a veces «intratable» y gracias a la intermediación del cardenal nepote, que se caracteriza por su sinceridad y «pureza» de vida, el fulgor y el fuego del Santo Padre en cierto modo se lenifican, tornándose «afable» y más apacible⁸⁴. La «fuente» obra así como un «espejo» natural de aguas puras que ofrece sin daño la luz y el calor. Probablemente este tipo de imaginaria deba relacionarse con algunos usos figurativos de la época, ya que en algunos libros de emblemas el sentido político que asume el motivo de la luz reflejada en el espejo suele vincularse a la prudencia, virtud que debe primar en un ministro del soberano a la hora de hacer uso del poder que éste ha

⁸² Jesús Ponce Cárdenas, «Salcedo Coronel e Marino: tessere sabaude in un panegirico spagnolo», *Critica Letteraria*, 174, 2017, p. 37-62 (p. 59).

⁸³ La configuración heliomórfica del soberano en los escritos del momento se hizo extensible a la figura del privado o valido. Así, en 1616, Francisco Márquez Torres definía al duque de Lerma como «segundo Sol que alumbra a España». Tomo la referencia de la monografía de Antonio Feros, *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Madrid, Marcial Pons, 2002, p. 196.

⁸⁴ No estará de más recordar que las relaciones del cardenal Francesco Barberini con la corte española fueron fluctuantes. Tras el exilio en Francia, el prelado con «habilidad y paciencia» consiguió alcanzar los favores y la protección de Felipe IV, poniendo «el arte al servicio de la reconciliación diplomática» y accediendo a la gracia regia tras complacer «la pasión coleccionista del rey planeta». Tomo la cita de José Luis Colomer, «La Adoración de los pastores de Pietro da Cortona. Regalos artísticos de Francesco Barberini a Felipe IV», *Boletín del Museo del Prado*, XXVI, 44, 2008, p. 6-22.

delegado en él⁸⁵. En clara concomitancia con ese uso «político» del emblema, también debe apuntarse la posibilidad de una lectura de orden sacro.

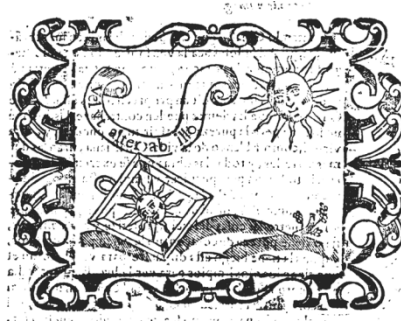


Fig. 1: Juan Francisco de Villava, *Del Purificado* (empresa XLIII), en *Empresas espirituales y morales*, Baeza, Fernando Díaz de Montoya, 1613, fol. 99 r.

La *imago* y el epigrama XLIII de las *Empresas espirituales y morales* de Villava pueden aportar algún dato relevante sobre este segundo aspecto. Los versos que acompañan a la imagen rezan así: «Mírase el sol en el bruñado acero / y dirá quien le mira / que es sol segundo de aquel sol primero. / No menos, pues, admira / ver que si un alma en caridad se apura / le estampa Dios de suerte su figura / que quien a verle alcanza / puede decirle Dios en semejanza, / pues es un sol segundo / de Cristo, sol del universo mundo»⁸⁶.

El motivo del reflejo solar aparece en el epigrama laudatorio de Gabriel de Corral con una sutil variación, ya que el perfil benévolo del cardenal Barberini no se identifica con un «bruñado acero» o un espejo, sino con una «mansa fuente» que destaca por su «pureza». Ese detalle invita a poner en relación el elogio del cardenal nepote con algunos matices de la empresa sacra de Villava, que aparecía encabezada por el rótulo «Del Purificado» y, esencialmente, gira en torno a tres elementos: pureza / luz divina / gloria⁸⁷. Toda vez que el sumo pontífice es el vicario de Cristo en la tierra, parece justificado conectar ambos planos (el celeste y el terrenal, el astronómico y el humano) también en la *laudatio* del ministro principal de Urbano VIII, su sobrino dilecto.

⁸⁵ Baste recordar el elocuente testimonio de la empresa LXXVI de Saavedra Fajardo, que previene contra los ministros beligerantes. El lema de la misma es «Llegan de luz y salen de fuego». Al comienzo del texto puede leerse: «Envía el sol sus rayos de luz al espejo cóncavo y salen de él rayos de fuego: cuerpo es de esta empresa, significándose por ella que en la buena o mala intención de los ministros está la paz o la guerra». Diego de Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Barcelona, Planeta, 1988, p. 530. Véanse también, a este respecto, las reflexiones de Juan de Dios Hernández Miñano, *Emblemas morales de Sebastián de Covarrubias. Iconografía y Doctrina de la Contrarreforma*, Murcia, Universidad de Murcia, 2015, p. 615.

⁸⁶ Juan Francisco de Villava, *Empresas espirituales y morales*, Baeza, Fernando Díaz de Montoya, 1613, fol. 99r.

⁸⁷ Antonio Bernat Vistarini y John T. Cull, *Enciclopedia Akal de emblemas españoles ilustrados*, Madrid, Akal, 1999, p. 737.

3. «La heroica mano de un joven purpúreo»: el cardenal Antonio Barberini

En contraste con el perfil de sus tíos y hermanos, la figura de Antonio Barberini (Roma, 1607-Nemi, 1671) probablemente pueda verse como una de las más discutidas y turbulentas del momento⁸⁸. Tras la coronación de Urbano VIII como sumo pontífice, el 27 de septiembre de 1623 recibió el hábito de caballero de la Orden de Malta, mucho antes de haber cumplido los veinticinco años preceptivos para alcanzar tal rango. Los honores comenzaron entonces a acumularse: secretario apostólico en 1626; el 1 de agosto de 1627 referendario de las Signaturas de Gracia y Justicia; cardenal diácono el 7 de febrero de 1628. Esta última dignidad de príncipe de la iglesia la alcanzó sin haber recibido aún las órdenes menores. A partir de entonces las prebendas siguieron lloviendo sobre sus jóvenes hombros: prefecto de la Signatura Apostólica (1628); legado de Su Santidad para los estados pontificios y el resto de Italia (1629), etc.

Al recibir el 19 de noviembre de aquel año la legación papal, el cometido central de su nuevo cargo quedaba bien claro: «il s'agissait alors de s'interposer entre Français et Imperiaux dans la guerre qui les opposait à propos de la succession de Mantoue». Con apenas veintidós años, el cardenal Antonio Barberini el Joven irrumpía en el escenario político internacional cuando las nubes de guerra se cernían sobre la Italia del septentrión. El legado pontificio entraba así en contacto con grandes personalidades del mundo político y militar, el general Spinola, el duque de Saboya, el cardenal Richelieu. Sin embargo, ninguna de aquellas figuras habría de marcar el rumbo de sus años venideros: «[...] plus décisive pour l'avenir, la présence dans le groupe des négociateurs pontificaux du jeune Giulio Mazarini devait le lier à Antonio pour une trentaine d'années, chacun étant tour à tour le protecteur de l'autre»⁸⁹.

Durante buena parte del año 1630, el joven cardenal legado estableció su residencia en Bolonia, con desplazamientos ocasionales a Lombardía y a Liguria, ya que en mayo de ese mismo año el Papa le ordenó realizar una visita oficial a la reina María de Hungría, hermana de Felipe IV, que se encontraba a la sazón en la ciudad de Génova. A comienzos de octubre de 1630, el cardenal nepote Antonio regresaba a Roma.

⁸⁸ Olivier Poncet, «Antonio Barberini (1608-1671) et la papauté. Réflexions sur un destin individuelle en cour de Rome au XVII^e siècle», *Mélanges de l'École Française de Rome. Italie et Méditerranée*, 108, 1, 1996, p. 407-442. Seguidamente espigo varias citas de las p. 425-426.

⁸⁹ La carrera meteórica del joven cardenal nepote prosiguió durante los siguientes años: legado papal en Urbino (junio de 1631), legado en Aviñón (1633), cardenal protector de Francia (1636), etc. Tras el óbito de Urbano VIII, Antonio Barberini se vio obligado a partir al exilio junto a los otros miembros varones de su familia. Como recompensa a sus numerosos servicios pasados, fue acogido en París con todos los honores. Gracias a la protección del cardenal Mazzarino obtuvo en 1652 el obispado de Poitiers y cinco años más tarde el obispado de Reims, un honor inaudito, ya que la concesión solía reservarse para prelados de la alta nobleza francesa.

En ese contexto de agitación política e inquietudes bélicas debe inscribirse la redacción de una pequeña pieza de elogio de Gabriel del Corral, el soneto *Al excelentísimo y reverendísimo señor cardenal don Antonio Barberini [el Joven], cuando vino a Roma de tratar las paces de Piamonte*:

Tranquilidad y alivio Italia espera
 en sus fatigas de tu heroica mano,
 joven purpúreo que con fruto cano
 fecundas de tu edad la primavera.

Del sacro Tibre vuelve a la ribera
 y descansando el hombro soberano
 del grande Atlante, del divino Urbano,
 participa del peso de la esfera.

Como con la del sol, con tu venida
 la alma ciudad se alegra, en testimonio
 de afecto a tu familia nunca ingrato.

Italia su salud libra en tu vida
 y Roma ahora con mejor Antonio
 compone más dichoso triunvirato.

Claramente el epígrafe de la composición revela que el epigrama castellano exalta la actividad diplomática del cardenal legado «cuando vino a Roma» después «de tratar las paces de Piamonte». Por ello, posiblemente debamos establecer la cronología de estos endecasílabos tras el otoño de 1630 (en octubre ya estaba el prócer elogiado en la ciudad eterna) y antes del mes de junio de 1631, cuando Antonio Barberini hubo de partir en nueva misión como Legado pontificio a Urbino.

Tal como se había observado en la pieza poética anterior, el arranque de este soneto incorpora nuevas modulaciones en torno al tópico laudatorio del *puer senex* («con *fruto cano* / fecundas de tu *edad la primavera*»). Otros elementos de orden estilístico permitirían, además, enlazar algunos rasgos del *incipit* de la composición con la escritura encomiástica de Luis de Góngora. Baste evocar el inicio del soneto de 1620 *Al Serenísimo Infante Cardenal* («Purpúreo creced, rayo luciente / del Sol de las Españas / que en dorado / ya trono el Tíber os verá sagrado / leyes dar algún día a su corriente»⁹⁰) o el comienzo de la canción de 1626 *En la creación del cardenal don Enrique de Guzmán* («Generoso mancebo, / purpúreo en la edad más que en el vestido, / en rosicler menos luciente Febo / a invidiarte ha salido»⁹¹).

Tras haber ponderado la juventud del *laudandus* y la estampa cardenalicia de su ropaje purpúreo en la estrofa inicial, en el cuarteto segundo Gabriel de Corral modela varias imágenes que ya había utilizado entre las octavas reales del *Panegírico a Taddeo Barberini* (1631). De hecho, en la

⁹⁰ Luis de Góngora, *Sonetos*, *op. cit.*, p. 193.

⁹¹ Luis de Góngora, *Canciones y otros poemas en arte mayor*, edición de José María Micó, Madrid, Espasa Calpe, 1990, p. 223.

segunda estancia de esta composición se pergeñaba el marco conceptual del elogio, centrando el canto laudatorio en Roma y vinculándolo a la concesión del cargo de *Praefectus Urbis* al sobrino mayor del papa.

A Roma (aunque ella misma lo confiesa,
pues que te llama su mayor tesoro),
a Roma diré yo cuánto interesa
en la pompa que ofrece a tu decoro.
Hoy no solo su antigua gloria cesa,
mas por ti goza nuevos siglos de oro,
cuando del Santo Atlante firme Alcides,
con hombro fiel, Prefecto la presides.

El cierre de esta octava real puede disponerse en paralelo con los elementos míticos más llamativos del soneto: «y descansando el hombro soberano / del grande Atlante, del divino Urbano / participa del peso de la esfera». Como puede apreciarse, la imagen de la pareja que integran Atlas y Hércules alternando sobre sus hombros el peso de la bóveda celeste el poeta la aplica al pontífice Urbano VIII (designado mediante la perífrasis «Santo Atlante», *Panegírico*, v. 15; o «grande Atlante», soneto, v. 7) y a sus dos sobrinos, Taddeo («firme Alcides», v. 15) y Antonio (sin referencia expresa a Hércules en el soneto). Tanto el prefecto como el cardenal legado asisten al sumo pontífice y le ayudan a sobrellevar la ardua carga del gobierno («participa del peso de la esfera»⁹²).

En el terreno de la tradición clásica, la estampa del gigantesco personaje cargando con la mole del universo y la ayuda que recibió del robusto hijo de Júpiter referida a la toma de poder se remonta hasta los poemas tardo-antiguos de Claudiano (*Panegírico al tercer consulado de Honorio*, vv. 105-110)⁹³ y de Sidonio Apolinar (*Panegírico de Avito*, vv. 576-584)⁹⁴. Probablemente fue Góngora quien puso nuevamente en circulación entre los poetas cortesanos del Barroco esa equiparación mítica, ya que bajo forma de símil, la recogía en 1617 en las octavas del *Panegírico al duque de Lerma*. Así identificaba el racionero al joven Felipe III compartiendo sus tareas con don Francisco Gómez de

⁹² Tal como se ha apuntado anteriormente, durante la estadía romana Gabriel del Corral usó la imagen de Hércules y de Atlas en varias composiciones de elogio. Desde 1629 la encontramos en los versos iniciales de la *Epístola que refiere las fiestas que al dichoso nacimiento del Príncipe de España hizo el excelentísimo conde de Monterrey*: «Y al abrir la nema el conde / de Monterrey (fiel Atlante / en cuyos valientes hombros / estriba peso tan grave) / varios instrumentos dieron / al viento voces süaves» (*Obras*, p. 102). Como veremos al comentar el próximo epigrama, la imagen mítica se localiza asimismo en otra pieza del ciclo laudatorio a los familiares del pontífice, datada en 1632 (*Al excelentísimo señor don Maffeo Barberini, [hijo] primogénito [del] príncipe de Palestrina, prefecto de Roma, estando en sus primeros años enfermo*): «Tú, que delicia singular del suelo, / como novel Alcides brevemente / el *Non plus ultra* añadirás valiente / a las nobles columnas de tu abuelo» (*Obras, op. cit.*, p. 442).

⁹³ Claudien, *Oeuvres. Poèmes politiques, op. cit.*, p. 41.

⁹⁴ Sidoine Apollinaire, *Poèmes*, edición de André Loyen, Paris, Les Belles Lettres, 2008, p. 76-77. Puede consultarse asimismo la edición más reciente de Jesús Hernández Lobato, *Poemas*, Madrid, Cátedra, 2015, p. 406-407.

Sandoval y Rojas (estancia XXXII): «Su hombro ilustra luego suficiente / el peso de ambos mundos soberano, / cual la estrellada máquina luciente / doctas fuerzas de monte hoy africano: / ministro escogió tal, a quien valiente / absuelto de sus vínculos en vano / el inmenso hará, el celestial orbe / que opreso gima, que la espalda corve»⁹⁵.

El primer terceto pondera a través de un símil («Como con la del sol, la alma ciudad se alegra con tu venida») la general aclamación que brinda el pueblo de Roma al cardenal legado, en tanto nuncio de la paz y la estabilidad en la región.

En el terceto final destaca el uso político de la estampa anticuaria, que exalta a los tres personajes más destacados de la curia pontificia disponiéndolos junto al orbe prestigioso de los albores del Imperio Romano. El terno formado por Urbano VIII y los dos cardinales nepotes (Francisco y Antonio) puede así identificarse idealmente con el del segundo triunvirato (Octavio Augusto, Marco Antonio y Lépido). Ahora bien, según los cauces laudatorios propios de la estrategia conocida como *sobrepujamiento*, la tríada barroca excederá por su virtud y armonía a la de la Antigüedad clásica⁹⁶. No solo el sobrino del Sumo Pontífice es con pleno derecho un «mejor Antonio» –no tentado por la molicie, el ansia de poder y los goces lascivos que le brindara la reina de Egipto–, sino que en su conjunto forman un «triumvirato» «más dichoso», destinado a traer «salud» y prosperidad a «Roma», así como al resto de «Italia».

4. «Novel Alcides»: el heredero seglar de una dinastía eclesiástica

En el políptico laudatorio pergeñado por Corral, la última pieza que hemos de examinar es la consagrada *Al excelentísimo señor don [Maffeo] Barberino [el Joven], primogénito [del] príncipe de Palestrina, prefecto de Roma, estando en sus primeros años enfermo*. El dedicatorio del epigrama no es otro que el pequeño Maffeo (19 de agosto de 1631-28 noviembre 1685), heredero de Taddeo Barberini y de Anna Colonna. Los versos encomiásticos dicen así:

Héroe tierno, que naces por consuelo
del siglo deterior, en cuyo oriente
néctar vierten las aves, que a tu gente
por insigne blasón aplica el cielo;

⁹⁵ Luis de Góngora, *Obras completas*, edición de Antonio Carreira, Madrid, Biblioteca Castro, 2000, t. I, p. 486.

⁹⁶ Ernst Robert Curtius, «Sobrepujamiento», *Literatura europea y Edad Media latina*, op. cit., p. 235-239. Como explicita el gran comparatista alemán, «[...] el que desea alabar a alguna persona o encomiar alguna cosa trata de mostrar a menudo que el objeto celebrado sobrepasa a todas las personas o cosas análogas y suele emplear para ello una forma peculiar de la comparación, que yo llamo *sobrepujamiento*. Para probar la superioridad y hasta la unicidad del hombre o del objeto elogiados, se les compara con los casos famosos tradicionales» (p. 235).

tú que delicia singular del suelo
como novel Alcides brevemente
el *Non plus ultra* añadirás valiente
a las nobles columnas de tu abuelo,

no temas que la Muerte, aunque atrevida,
tu luz eclipse con horror funesto
en que el paterno afecto se acobarde.

Período mayor tiene tu vida,
que no nació para morir tan presto
quien será eterno, aun cuando muera tarde.

La redacción de esta pieza encomiástica debería situarse, verosímilmente, entre las semanas finales del verano de 1631 (el deseado hijo varón de los príncipes de Palestrina había nacido el 19 de agosto) y la primavera de 1632 (la fecha final del código en que se copiara es el doce de mayo de 1632). En una época en la que la mortalidad infantil alcanzaba unas tasas terribles, los endecasílabos se hacen eco de la preocupación de la familia del pontífice por la salud del neonato, dado que la pequeña primogénita de Taddeo Barberini, Camilla (1629-1631) había fallecido por aquellas mismas fechas, a muy tierna edad.

A través de varios períodos de lenta cadencia y pausada amplitud, el epigrama se plantea como una alocución directa al jovencísimo vástago, a quien vaticina una larga y próspera existencia: «Héroe tierno [...], / tú [...], delicia singular [...], / no temas que la muerte [...] / eclipse tu luz [...]. / Tu vida tiene período mayor». Siguiendo los hilos proféticos de la admirable *bucólica* cuarta, al comienzo del soneto se insinúa la idea de que el nacimiento y crianza de Maffeo inaugurará una nueva edad de oro («naces por consuelo del siglo deterior»). Por otro lado, es obligado señalar cómo el contenido de la segunda estrofa tiene notables puntos de contacto con algunos elementos recogidos en las octavas XI-XII del *Panegírico a Taddeo Barberini*, padre del pequeñuelo:

A tu esposa (en blasón de su ascendencia)
firmísimas columnas se aperciben,
a donde la Hermosura y la Prudencia,
con letras de oro el '*Non plus ultra*' escriben.
¡Oh cuánta y cuán gloriosa descendencia
te dará! Ya parece que reviven
aquellas felicísimas Colunas,
trágico asombro de otomanas lunas.

Segunda vez la asistirá Lucina
en oficio fecundo, en otro infante
a quien da la deidad de Palestrina
suerte a ninguna humana semejante.
Al Mundo le dará la luz divina
de su mártir Agápito triunfante.
Ya en tierna frente tus grandezas leo:
tú el más hermoso, tú serás Mafeo.

En las citadas estancias, el encomiasta se sirve de la estampa de Anna Colonna, esposa de Taddeo Barberini, para ensalzar el lustre y los heroicos laureles de uno de los principales linajes romanos⁹⁷. En ese contexto se convierte en obligado el recuerdo de su antepasado más glorioso, el abuelo paterno de la princesa de Palestrina, don Marco Antonio Colonna (1535-1584), príncipe de Paliano y general de los ejércitos pontificios, considerado uno de los principales artífices de la victoria de Lepanto. Profetizando las futuras glorias militares de los vástagos de la unión Barberini-Colonna, el dios río Tíber afirma en tales endecasílabos ver nuevas victorias sobre la armada turca (vv. 86-88, «Ya parece que reviven / aquellas felicísimas Colunas, / trágico asombro de otomanas lunas»). Por otro lado, en el soneto, el elogio del pequeño Maffeo Barberini-Colonna, recupera –siguiendo las pautas propias de la *interpretatio nominis*– la alusión mítica a las columnas de Hércules y el paralelo con las gestas militares de su ancestro: «como *novel Alcides* brevemente / el *Non plus ultra* añadirás valiente / a las nobles columnas de tu abuelo».

5. Versos laudatorios en el contexto de una embajada

Aunque todavía no se ha dedicado excesiva atención a este tipo de composiciones, las prácticas de la alabanza promovidas en el entorno diplomático de la Edad Moderna constituyen un documento cultural de notable interés. Bajo los auspicios del conde de Monterrey, el ciclo de versos compuestos por Gabriel de Corral en elogio de Urbano VIII y varios próceres de la Casa Barberini durante su estancia romana entre 1629 y 1632 proporciona una curiosa atalaya que permite apreciar cómo la literatura encomiástica podía integrarse perfectamente en el marco de las actividades desarrolladas en una cancillería⁹⁸.

A la luz de este tipo de textos parece justo afirmar que las *litterae humaniores* obraron convenientemente al servicio de las relaciones internacionales. De hecho, los ejemplos podrían

⁹⁷ Sobre la figura de la princesa de Palestrina, remito nuevamente al capítulo primero («Practicing Motherhood when the Definition of Family is Ambiguous. Anna Colonna and the Barberini Dynasty, 1627-1647») del reciente trabajo de Caroline Castiglione, *Accounting for Affection. Motherhood, Families and Politics in Early Modern Rome*, London/New York, Palgrave/MacMillan, 2015. Para una cronología algo anterior, los vínculos de la familia Colonna con los círculos de poder hispanos y con el entorno literario castellano ha sido objeto de un magnífico estudio de Patricia Marín Cepeda, *Cervantes y la corte de Felipe II. Escritores en el entorno de Ascanio Colonna (1560-1608)*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2015.

⁹⁸ En una línea de reflexión afín a la aquí esbozada, Diana Carrió-Ivernizzi ha coordinado en fechas recientes un volumen de estudios que tiene la intención de explicar cómo actuaban los agentes, oficiales o informales, el conjunto de los intermediarios en la práctica diplomática de la Edad Moderna. Según recalca la estudiosa, «los *embajadores culturales* tenían complejas identidades sociales y políticas, y también múltiples agendas de intereses, que se reflejaron en sus prácticas culturales y artísticas», de ahí la necesidad de valorar «cómo reunieron conocimientos sobre los lugares a los que eran destinados, acercándose al mundo literario, artístico y musical, entendiendo su utilidad para el pleno desarrollo de su actividad política». Remito a Diana Carrió-Ivernizzi (dir.), *Embajadores culturales. Transferencias y lealtades de la diplomacia española de la Edad Moderna*, Madrid, UNED, 2016, p. 17.

multiplicarse, desde varias laderas. Buena prueba de ello puede dar el conde Fulvio Testi, embajador del duque de Módena en Madrid desde 1635. A este culto ingenio italiano se debe la redacción de una notable composición titulada *Al signor conte duca. Si descrivono le delizie del Real Retiro e si toccano sucintamente le glorie di Sua Eccellenza*⁹⁹. Al igual que los versos de Gabriel de Corral, el elogio del valido de Felipe IV y el proyecto edilicio del Palacio del Buen Retiro se llevó a cabo en ese mismo marco de la diplomacia barroca¹⁰⁰. Un ejemplo afín, algo más tardío, ofrece el conde Bernardino de Rebolledo con sus *Selvas dánicas* (1655), impresas durante el ejercicio de su embajada en Copenhague. Estas hermosas silvas de signo gongorino fueron compuestas para mayor gloria de la soberana Sofía Amalia de Lüneburg y del palacio real de Hirschholm¹⁰¹. Por espigar otro caso significativo, de cronología más avanzada, bajo las órdenes del duque de Alba, embajador español en la corte francesa, Lorenzo de las Llamosas dio a las prensas parisinas en 1705 las octavas reales de su *Pequeño Panegírico a la Majestad Cristianísima de Luis el Grande*¹⁰².

La identificación de un conjunto significativo de poemas concebidos en el marco de la diplomacia barroca y el análisis detallado de los mismos permitirá identificar a través de futuros asedios algunas curiosas encrucijadas en las que confluyeron los caminos de la Historia y la Poesía, la política y los lazos culturales.

⁹⁹ Fulvio Testi, *Le poesie liriche del conte Fulvio Testi*, Brescia, Gaetano Venturini, 1822, p. 20-25.

¹⁰⁰ Sobre el proyecto palaciego y la configuración de la corte, véase Jonathan Brown y John H. Elliott, *Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV*, Madrid, Taurus, 2016.

¹⁰¹ Pedro Ruiz Pérez, «Visión y mirada en las *Selvas dánicas* del conde de Rebolledo», *Creneida*, 2, 2014, p. 349-374.

¹⁰² Contamos hoy con un excelente estudio de este poema olvidado: Roland Béhar, «*De otro mundo es la voz que en mí te aclama: el Panegírico a Luis XIV* de Lorenzo de las Llamosas», *Las Artes del Elogio. Estudios sobre el Panegírico*, edición de Jesús Ponce Cárdenas, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2017, pp. 451-484.

Esta edición del
Panegírico a Taddeo Barberini (1631)
de Gabriel de Corral
pertenece a la Biblioteca Digital
del Proyecto de Investigación
FFI2015-63554-P
LAS ARTES DEL ELOGIO:
POESÍA, RETÓRICA E HISTORIA
EN LOS PANEGÍRICOS HISPANOS
y se puede consultar en la web
PANEGIRICOS.COM



IMAGEN DE PORTADA:
Andrea Sacchi
Retrato de Taddeo Barberini
(detalle)